

ALMANAQUE

DEL

CORREO DE LAS NIÑAS

PARA

1870

DEDICADO A LAS BELLAS PORTEÑAS

---

PRIMERA EDICION

---

Buenos Aires

Imprenta de LA DISCUSION, Potosí 198

—  
1870

# LA HESPERIDINA

**DIETETICA GIGANTEA**



Este riquísimo néctar, acaba de ser declarado por varios médicos, como la mejor bebida para conservar la salud de las personas.

El almanaque del "Correo de las Niñas", se complace en recomendarlo al respetable público bonaerense, para que haga uso de él en la presente estación, como el mejor néctar que se expende en Buenos Aires.

# LITOGRAFIA

## LA PRIMERA Y ÚNICA PORTEÑA

CALLE BOLIVAR N. 106<sup>1</sup>/<sub>2</sub>

Frente á la casa del Gobierno Provincial

El propietario de este establecimiento ofrece al publico en general el mas esmerado cumplimiento en las órdenes que se dignen dispensarle, contando para el efecto con un escelente surtido de útiles introducidos de los mejores talleres de Europa y muy buen personal de Litografia; grabadores é impresores.

En particular á las Argentinas, comerciantes de este plaso por ser el unico racional que profesa este arte.

Buen grabado

Buena impresion.

Buen material

Prontitud y

precio módico

Bolivar número 106<sup>1</sup>/<sub>2</sub>



- 1 Sáb. ✠ LA CIRCUNCIÓN DE N.-S. JESUCRISTO.  
● Luna nueva á las 8 y 32 ms. de la noche.
- 2 Dom. s. Isidoro y obispo y mártir.
- 3 Lun. s. Florencio y santa Genoveva vírgen.
- 3 Mar. ss. Gregorio y Tito obispos.
- 5 Mier. ss. Telesforo papa y mártir y Eduardo rey.
- 6 Juev. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
- 7 Vier. s. Julian mártir—ARRENSE LAS VELACIONES.
- 8 Sáb. ss. Luciano, Teófilo y Máximo mártires.
- 9 Dom. s. Fortunato mártir sta. Basilia mr.  
☽ Cuarto creciente á las 4 y 50 m. de la tarde.
- 10 Lun. ss. Nicanor mártir y Guillermo arzob.
- 11 Mar. ss. Higinio papa y Salvio mártires.
- 12 Mier. s. Benedieto obispo.
- 13 Juev. ss. Gumesindo presbitero y Leoncio ob.
- 14 Vier. s. Hilario obispo.
- 15 Sáb. ss. Pabio 1r hermitaño y Mauro abad.
- 16 Dom. El Smo. nombre de Jesus.—ss. Marcelo papa y mártir y Fulgencio obispo.
- 17 Lun. ss. Antonio a. y Sulpicio.  
☽ Luna llena á las 11 y 17 ms. de la mañana.
- 18 Már. Catedral de s. Pedro en Roma. sta. Liberata vírgen.
- 19 Mier. s. Canuto y sta. Marta mártires.
- 20 Juev. ss. Sébastian y Fabian mártires.
- 21 Vier. ss. Fructoso y Eulojio mártires.
- 22 Sáb. ss. Vicente y Anastacio mártires.
- 23 Dom. Nuestra Señora de Betlehen.—ss. Ildefonso arzobispo y Raimundo de Peñafert.
- 24 Lun. Nuestra Señora de la Paz, y s. Timoteo ob. y márt.  
☽ Cuarto menguante á las 7 y 34 de la mañana.
- 25 Mar. La Convencion de s. Pablo ap. y s. Máximo.
- 26 Mier. s. Policarpo o. y m. y sta Paula vírgen.
- 27 Juev. s. Juan Crisóstemo ob. y dr.
- 28 Viér. s. Julian ob. y confesor. (de Sales.
- 29 Sáb. Decion. de esta Sta. Catedral—ss. Valeriano y Francisco
- 30 Dom. s. Hipólito m. y sta. Martina vírgen.
- 31 Lún. s. Pedro Nolasco—Indg. de 20 h. en la Merced.  
● Luna nueva á las 11 y 54 ms. del dia.

## LA DISCUSION

### Diario de la tarde

Organo de intereses políticos  
comerciales y literarios.

Su formato es el de  
la República.



- 1 Mar. ss. Cecilio y Ignacio obispo y mártires.  
 2 Mier. ✠ LA PURIFICACION DE Ntra Sra.—ss. Firmo y  
 3 Juev. ss. Blas obispo y Laurentino mres. (Cándido).  
 4 Vier. ss. Andrés Corsino ob. y Donato mr.  
 5 Sáb. s. Alvinobispo y sta. Agueda virgen y mártir.  
 6 Dom. ss. Teófilo y Saturnino mtrss. y sta. Dorotca v. y m.  
 7 Lun. ss. Romualdo abad y Ricardo rey.  
 8 Mar. ss. Juan de Mata conf. Lucio y Ciriaco mártires.  
 ☽ *Cuarto creciente a las 2 y 25 ms. de la tarde.*  
 9 Mier. s. Alejandro m. y sta. Polonia.  
 10 Juev. ss. Irineo y Amancio, sta. Escolástica virgen.  
 11 Vier. ss. Felix m. y Saturnino presbitero.  
 12 Sáb. ss. Damian y Modesto, y sta. Euladia v. y mr.  
 13 Dom. *Septuagésima*—s. Benigno mr. y sta. Catalina v.  
 14 Lun. ss. Valentin presb. y Zenon mártires.  
 15 Mar. La Fiesta de la oracion de N.-S.-J.-C. en el Monte Oli-  
 vite.—s. Faustino y santa Jovita mártires.  
 ☾ *Luna llena a las 11 y 53 ms. de la noche sig.*  
 16 Mier. ss. Gregorio papa y Elias prof.  
 17 Juev. ss. Rómulo mártir y Julian.  
 18 Vier. ss. Simon obispo y Claudio mres.  
 19 Sáb. ss. Gavino y Marcelo mres.  
 20 Dom. *Sexagesima*.—ss. Eleuterio ob. y Nemesio mres.  
 21 Lun. ss. Félix ob. y Fortunato mtr  
 22 Mar. La comun. de la Pasion de N.-S.-J.-C.—Cátedra de s.  
 Pedro en Antioquia, y sta. Margarita.  
 ☽ *Cuarto menguante a las 4 y 16 ms. de la tarde.*  
 23 Mier. ss. Pedro Damiano y Policarpo.  
 24 Juev. ☿ *Vigilia*—s. Modesto y sta. Primitiva mas.  
 25 Vier. ss. Matias ap. y Sebastian Aparicio y Cesario.  
 26 Sáb. Na. Señora de Guadalupe.—s. Alejandro obispo.  
 27 Dom. *Quincuagésima*.—s. Baldomera confesor.  
*Indulgencia de 40 horas en las Catalinas (CARNAVAL)*  
 28 Lun. ss. Justo y Rufino mártires.

## LA DISCUSION

# DIARIO DE LA TARDE

SUSCRICION 25 \$ NÚM. SUELTO 1 \$

Redactado por el Sr. D. Francisco  
 Lopez Torres.

ORGANO DE LOS INTERESES DEL PUEBLO

Se publica por su imprenta Potosí 198.



- 1 Mar. s. Rudecindo o bispo.
- 2 Mier. CENIZA. *Abst. y prin. del ayuno de la Cuaresma.*—ss. Heraclio m. y Florencio. (CIERR. LAS VELACIONES.)  
 ☉ Luna nueva a las 4 y 30 ms. de la mañana.
- 3 Juev. ss. Emeterio y Celedonio mártires.
- 4 Vier. *Abst.* La Fiesta de la Sa'da Corona de Espina de N.-S.-J.-C.—s. Casimiro confesor.
- 5 Sab. ss. Adrian y Eusebio mártires.
- 6 Dom. 1<sup>o</sup> de Cuaresma—ss. Olegario o. y Victorino mr.
- 7 Lun. sto. Tomas de Aquino doctor.
- 8 Mar. ss. Jnan de Dios fr. y Apolonio.
- 9 Mier. *Témpora*—sta. Francisca Romana viuda.
- 10 Juev. s. Militon y los 40 Mártires.  
 ☽ Cuarto creciente a las 9 y 18 ms. de la mañana.
- 11 Vier. *Témpora*—*Abs.*—La fiesta de la Lanza y Clavos de N.-S.-J.-C.—ss. Zacarias p'dre de s. J. Bautista y Eulogio:
- 12 Sab. *Témpora*—s. Gregorio papa y doctor.
- 13 Dom. 2<sup>o</sup> de Cuaresma.—ss. Leandro eb. y Macedonio mr.
- 14 Lun. Stas. Florentina virgen y Matilde reina.
- 15 Mar. ss. Reimundo abad y Aristóbulo mártir.
- 16 Mier. sta. Isabel madre de s. Juan Bautista.
- 17 Juev. s. Patricio o y sta. Gertrudis v.  
 ☽ Luna llena a las 10 y 5 ms. de la mañana.
- 18 Vier. *Abst.* La fiesta de la Sta. Sábana de N.-S.-J.-C.—ss. Gabriel arcangel y Alejandro obispo.
- 19 Sáb. † El Patriarca Sr. s. José. *Ind. de 40 h. en S. Telmo.*
- 20 Dom. 3<sup>o</sup> de Cuaresma.—s. Braulio ob., sta. Eufemia virgen.
- 21 Lun. s. Benito abad.
- 22 Mar. ss. Deogracias ob. y Octaviano mártir.
- 23 Mier. s. Victoriano, y sta Teodosia martires.
- 24 Juev. ss. Agapito ob. y Dionisio m.  
 ☽ Cuarto menguante a la 1 y 56 ms. de la mañ.
- 25 Vier. ✠ LA ENCARNACION del SEÑOR—*Abst*—Las 3 llagas de N.-S.-J.-C —s. Ireneo obispo.
- 26 Sáb. ss. Manuel y Mariano.
- 27 Dom. 4<sup>o</sup> de Cuaresma—s. Ruperto obispo.
- 28 Lun. ss. Sixto p. y Doroteo mrs.
- 29 Mar. ss. Cirilo, Pastor mrs. y Eustaquio ob.
- 30 Mier. s. Juan Climacio.
- 31 Juev. s. Benjamin y sta. Balbina.  
 ☉ Luna nueva a las 9 y 56 ms. de la noche.

## El Correo de las Niñas

PERIODICO SEMANAL

Se vende por las calles a un peso cada ejemplar y en su imprenta Potosí 198.



- 1 Vier. *Abst.*—Fiesta de la Santísima Sangre de N.-S.-J.-C.—Impresion de las llagas de Catalina de S.—s. Venancio.
- 2 Sáb. ss. Uabano ob. y Francisco de P.—*La sagrada ceremonia de la reseña en la Sta. Iglesia Catedral.*
- 3 Dom. DE PASION—s. Benito de Paler.—La trásladacion de las reliquias de Santa Rosa de Lima. *Reseña.*
- 4 Lun. s. Isidoro arzobispo.
- 5 Mar. s. Vicente Ferrer.—*Indu'jencia de 4 h. en S'o. Domingo cuando se celebre su funcion, y sta. Irena v. y mr.*
- 6 Mier. ss. Sixto papa y mrt. y Celestino.
- 7 Juev. ss. Epifanio ob. y Rufino mártir.
- 8 Vier. *Abst*—7 dolores de Maria Santísima.—ss. Dionisio obispo y Máximo mártir.
- ☽ *Cuarto creciente á las 12 y 15 de la noche sig.*
- 9 Sáb. stas. Casilda y María Cleofe. *Reseña.*
- 10 Dom. DE RAMOS—ss Ezequiel y Pompeyo ms. *Reseña.*
- 11 Lun. SANTO. ss. Leon papa y doctor y Felipe ob.
- 12 Mar. SANTO. ss. Zenon y Daminan ob.
- 13 Mier. SANTO. *Abst* ss. Hermenegildo y Justino. *Reseña.*
- 14 Juev. SANTO. *Abst.* s. Pedro G. Telmo. *Ind. de 40 h. en su Iglesia cuando se celebre su fiesta*—s. Tiburcio mr.
- 15 Vier. SANTO. *Abst* s. Máximo y sta. Anastasia mres.
- ☾ *Luna llena á las 7 y 2 ms. de la tarde.*
- 16 Sáb. SANTO. *Abst.* s. Toribio de Liebra o. y Cecilio mártir.
- 17 Dom. PASCUA DE RESURRECCION de N.-S.-J.-C. s. Aniceto y la Beata Ma. Ana de J, *Ind. de 40 h. en Monserrat*
- 18 Lun. DE PASCUA—ss. Eleuterio ob. y mr. y Amadeo confesor.
- 19 Mar. DE PASCUA—ss. Jorge ob., Vicente y Rufino ms.
- 20 Mier. s. Serviliano m. y sta. Inés vírgen.
- 21 Juev. ss. Anselmo ob. y dr. y Simon ob. y mr.
- 22 Vier. ss. Sotero, Cayo papas y mártires y Teodoro.
- ☽ *Cuarto menguante á la 1 y 11 ms. de la tarde.*
- 23 Sáb. ss. Jorge, Gerardo y Fortunato ms.
- 24 Dom. DE CUASIMODO—ss. Honorio ob. y Fidel de Samar.
- 25 Lun. *Letanias mayores.* s. Marcos Evan. (Abren las Velaciones)
- 26 Mar. ss. Cleto, Marcelino papa y mártir y Pedro ob.
- 27 Mier. ss. Toribio arzobispo y Pedro Almengor mr.
- 28 Juev. ss. Prudencio arz Vital y su esposa sta. Valeria.
- 29 Vier. ss. Pedro mr. y Paulino obispo.
- 30 Sáb. Sta. Catalina de Cena. *Indulg. de 4 h. en su Iglesia.*
- *Luna nueva á las 2 y 50 ms. de la tarde.*

# LA DISCUSION

2,000 SUSCRITORES

*Inserta avisos á un peso la linea*



- 1 Dom. ss. Felipe y Santiago apóstoles.
- 2 Lun. ss. Anastasio o., German y Celestino mártires.
- 3 Mar. La Invencion de la Sma. Cruz y s. Alejandro mr.
- 4 Mier. s. Silvano obispo y mr. y Santa Mónica viuda.
- 5 Juev. s. Pio V. y la conversion de S. Agustin ob. y dtor.
- 6 Vier. El Martirio de S. Juan Ev. ss. Juan Dama'no. y Lucio.
- 7 Sáb. ss. Benedito papa y Estanislao ob. y mr.
- 8 Dom. *El Patrocinio de Sn. José.*—Aparicion de s. Miguel Arc. Ind. p'en. visitando su parroquia, confesado y comulgado, y s. Dionisio obispo.
- ☽ *Cuarto creciente á las 11 y 22 ms. de la mañ.*
- 9 Lun. s. Gregorio Nacianceno obispo dr.
- 10 Mar. ss. Antonio arzobispo y Cirilo ma.
- 11 Mier. ss. Mamerto ob. y Fabio mártir.
- 12 Juev. ss. Domingo de la Calzada, Nereo y comps. mrs.
- 13 Vier. ss. Segundo o. y m. y Pedro Regalado.
- 14 Sáb. ss. Sabino y Bonifacio mártires. Patrones menores de esta ciudad.
- 15 Dom. ss. Isidro lab., Torcuato, Indalecio y Eufrazio mrs.
- ☾ *Luna llena á las 2 y 46 minutos de la mañana.*
- 16 Lun. ss. Ushaldo y Peregrino obo. y Juan Nepomuc. m.
- 17 Mar. s. Pascual Bailon y sta. Restituta vírgen y mr.
- 18 Mier. ss. Venancio y Felix de Catalicio.
- 19 Juev. s. Pedro Celestino papa y sta. Prudencia.
- 20 Vier. s. Bernardino de Sena.
- 21 Sáb. s. Timoteo obispo y mártir.
- 22 Dom. sta. Rita de Casia y sta. Quiteria v. y mr.
- ☽ *Cuarco menguante á las 2 y 18 m. de la mañ.*
- 23 Lun. *Rogaciones.*—ss. Desiderio ob. y Vicente pres.
- 24 Mar. *Rogaciones.*—ss. Robustiano mr. y Florencio confesor.
- 25 Mier. *Rogac.*—ss. Gregorio VII p. y Urbano. FIESTA CI<sup>ca</sup>
- 26 Juev. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.—ss. Felipe Neri, Heraclio mr. y Isaac.
- 27 Vier. s. Juan papa y mr. y sta. Maria Mag. de Pazis.
- 28 Sáb. ss. Justo, German y Emi io mártires.
- 29 Dom. ss. Máximo obispo y Alejandro mártir.
- 30 Lun. ss. Fernando rey y Felix papa.
- *Luna nueva á las 6 y 18 ms. de la tarde.*
- 31 Mar. stas. Angela, Mericia, Petronila y s. Pascasio.

# LA DISCUSION

2000 Suscritores

Inserta avisos á un peso la línea.



- 1 Mier. ss. Segundo mártir y Fortunato confesor.  
 2 Juev. s. Marcelino y compañeros mártires.  
 3 Vier. s. Isaac confesor y sta. Paula virgen.  
 4 Sáb. Vig. con abs.—s. Francisco Carac. y sta. Saturnina mtr.  
 5 Dom. PASCUA DEL ESPIRITU STO.—Indulgencia de 40 h. en  
 Monserrat. ss. Marciano, Doroteo y Nicancr mrs.  
 6 Lun. s. Nolberto o. y sta. Paulina.  
 ☽ Cuarto creciente a las 7 y 9 m. de la tarde.  
 7 Mar. ss. Pablo o. Pedro y compañeros mrs.  
 8 Mier. *Témpora*—ss. Salustiano y Victorino mrs.  
 9 Juev. ss. Primo, Feliciano y Vicente mártires.  
 10 Vier. *Témpora*—s. Zacarias m. y sta. Margarita reina.  
 11 Sáb. *Témpora*—s. Bernabé apóstol.  
 12 Dom. LA SANTISIMA TRINIDAD Titular de la Sta. Iglesia  
 Catedral y de esta ciudad, 40 horae en la Catedral.  
 ss. Juan de Sahagun, Nazario y compañeros mrs.  
 13 Lun. s. Antonio de Padua.  
 ☾ Luna nueva a las 10 y 30 m. de la mañana.  
 14 Mar. ss. Basilio ob. y doctor y Eliseo confesor.  
 15 Mier. ss. Vito y Modesto, sta. Crecencia.  
 16 Juev. ✠ CORPUS CHRISTI—ss. Aureliano obispo y Juan  
 Francisco de R.  
 17 Vier. ss. Manuel, Nicandro y Marciano mártires.  
 18 Sáb. ss. Ciriaco, Marcos Marcelino y sta. Paula mrs.  
 19 Dom. ss. Gervasio y Protasio mrs. y sta. Juliaua virgen.  
 20 Lun. ss. Silverio papa y santa Florentina virgen.  
 ☽ Cuarto menguante a las 5 y 30 m. de la tarde.  
 21 Mar. s. Luis Gonzaga y sta. Demetria virgen—Indulg. plen.  
 por asistir a la misa solemne que celebra en honor del  
 santo en la Iglesia Catedral. —INVIERNO.  
 22 Mier. ss. Paulino obispo, Albano y Fabio márs.  
 23 Juev. Vigilia. ss. Zenon y Apolinario y sta. Agripina.  
 24 Vier. ✠ LA NATIVIDAD de SAN JUAN BAUTISTA—In-  
 dulgencia de 40 horas en su iglesia. *El Sagrado Co-  
 razon de Jesus*—Indulgencia de 40 h. en el Colegio.  
 s. Fausto y compañeros mártires.  
 25 Sáb. ss. Lloy obispo y Guillermo abad.  
 26 Dom. *Pmo. Corazon de Maria*.—ss. Juan y Pablo márts.  
 27 Lun. ss. Zoilo mártir y Ladislao rey.  
 28 Mar. Vig. con abs.—ss. Leon papa é Ireneo ob.  
 ☽ Luna nueva a las 7 y 52 ms. de la tarde.  
 29 Mier. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO APOSTOLES. Indulgen-  
 cia de 40 horas en la Catedral.  
 30 Juev. La Conmem. de s. Pablo apóstol y sta. Emiliana mr.

# LA DISCUSION

En este establecimiento se hacen  
 impresiones mas  
 baratas que en otra parte



- 1 Vier. ss. Secundino, Casto obispos y Julio mártir.  
 2 Sáb. La Visitacion de Nuestra Señora, y s. Martiniano márt. *La Fiesta de Ntra. Sra. de los Desamparados.*  
 3 Dom. La Festividad de la Sma. sangre de N.-S.-J.-C., ss. Ireneo, Jacinto, Trifon y Eulogio martir.  
 4 Lun. La traslacion de las reliquias de nuestro patron—s. Martín obispo y s. Laureano arzobispo.  
 5 Mar. s. Miguel de los Santos, y sta. Filomena vírgen.  
 6 Mier. s. Rómulo ob., el sto. prof. Isaias, y sta. Lucia m.  
 ☽ *Cuarto creciente a las 12 y 59 m, de la noche.*  
 7 Juev. ss. Fermin obispo, Cludio y Cinforianos mártires.  
 8 Vier. santa Isabel reina de Portugal.  
 9 Sáb. s. Cirilo obispo, sta. Natalia v. y mr. *Fiesta cívica.*  
 10 Dom. stos. Juanario, Félix, Felipa, Silvano, Alejandro, Vital y Marcial, mártirss, hijos de santa Felicitas,  
 11 Lun. ss. Pio papa y Cipriano mártires.  
 12 Mar. ss. Juan Gualberto abad, Félix mártir.  
 ☾ *Luna llena a las 7 y 10 ms. de la tarde.*  
 13 Mier. s. Anacleto papa y mártir.  
 14 Juev. ss. Buenaventura ob. y docteur, y Cirilo mártir.  
 15 Vier. s. Enrique emperador.  
 16 Sáb. El triunfo de la Sma. Cruz—Nuestra Sra. del Cármen. Indulgencia de 40 h. en la Concepcion y en Monserrat.  
 17 Dom. s. Alejo confesor, sta. Donata y sta. Segunda ms.  
 18 Lun. s. Camilo de Lelis fundador, sta. Sinforosa vírgen.  
 19 Mar. s. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufino v. y mártires.  
 20 Mier. ss. Gerónimo, Emiliano, Elias prof. y santa Liberata y.  
 ☽ *Cuarto menguante a las 10 y 21 de la mañana.*  
 21 Juev. ss. Victor y Feliciano mártires.  
 22 Vier. sta. Maria Magdalena, y s. Teófilo.  
 23 Sáb. ¶ *Vigilia.* ss. Apolinario obispo y mártir y Liborio.  
 24 Dom. s. Francisco Sol. Indulgencia de 4 h. en s. Francisco.  
 25 Lun. Santiago apóst. s. Cristóbal y sta. Valentina.  
 26 Mar. santa Ana madre de Nuestra Sra. y san Jacinto mártir.  
 27 Mier. ss. Pantaleon y Sergio mártires, y sta. Natalia.  
 28 Juev. ss. Inocencio papa, Nazario y Acacio mártires.  
 ☽ *Luna nueva a las 7 y 36 de la mañana.*  
 29 Vier. sta. Maria vírgen, s. Faustino mártir.  
 30 Sab. ss. Abdon, Senen y sta. Máxima mártires.  
 31 Dom. s. Ignacie de Loyola. Indulgencia de 40 h. en su Iglesia.

## EL

# CORREO DE LAS NIÑAS

PERIODICO SEMANAL

Aparece por la imprenta de LA DISCUSION, calle de Potosi 198.



1 Lun	ss. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo mártires.
2 Mar.	Nta. Sra. de los Angeles. ss. Estevan, Pedro de O. y Alfonso, Maria de L. Jubileo de Porciúncula.
3 Mier.	La Inv. ne s. Estevan por. m. s. Eufronio, sta. Lidia.
4 Juev.	s. Domingo de Guzman f. Ind. de 40 h. en su Iglesia. <i>☉ Cuarto creciente a las 6 y 1 de la mañana.</i>
5 Vier.	Nuestra Señoras de las Nieves.
6 Sab.	La Transfigur. de N.-S.-J.-C., s. Sixto papa y márrir.
7 Dom.	ss. Cayetano fundador, Pedro y Julian ms.
8 Lun.	ss. Ciriaco, Eleuterio y compeñ. mres.
9 Mar	☿ Vigilia. ss. Justo y Pastor hermanos. (Indulgencia de 40 horas en las Catalinas).
10 Mier.	s. Lorenzo mártir, sta. Paula vírgen y mr.
11 Juev.	ss. Rufino obispo y Tiburcio, y sta Susana mártires. <i>☾ Luna llena a las 5 y 36 ms. de la mañana.</i>
12 Vier.	sta. Clara v. f. (Patrona me'r de esta ciudad en accion de grac. por su reconq'ta. Ind. de 40 h. en San Juan.)
13 Sab.	(Vigilia y abstinencia)—ss. Hipólito, Casiano y santa Elena mártires.
14 Dom.	s. Eusebio mártir.
15 Lun.	✠ LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.
16 Mar.	ss. Roque, Jacinto. (Ind. de 40 h. en S. Francisco.)
17 Mier.	ss. Anastacio, Bonifacio y sta. Liberata mártires.
18 Juev	ss. Fleroy Agapito.
19 Vier.	ss. Luis obispo, y Andrés mártires. <i>☉ Cuarto menguante a las 4 y 6 m. de la mañana</i>
20 Sab.	s. Bernardo abad y dtor. y el sto. Profeta Samuel.
21 Dom.	s. Joaquin Padre de Ntra. Sra. stas. Anastacia Ciriaca y Juana Francisca Frem.
22 Lun.	ss. Hipólipo y Marcial mars.
23 Mar.	☿ Vigilia. ss. Felipe y Benicio y Restituto.
24 Mier.	ss. Bartolomé apóstol y Romano obispo.
25 Juev.	ss. Julian y Ginés mrs. y Luis rey de Francia.
26 Vier.	ss. Ceterine papa, Ireneo y Adriano mártires. <i>☾ Luna nueva a las 5 y 54 ms. de la tarde.</i>
27 Sab.	s. José de Calvzans—El dardo de sta. Teresa vírgen.
28 Dom.	ss. Agustín obispo y doctor Biviano obispo.
29 Lun.	La Degollacion de s. Bautista, sta. Cándida v.
30 Mar.	✠ SANTA ROSA DE LIMA v. patrona principal de esta América Moridional. (Ind. de 40 h. en sto. Domingo.)
31 Mier.	s. Ramon Nonato, (Indulgencia de 40 horas en la Merced,) y s. Robustiano mártir.

## LA DISCUSION

2000 suscritores

Inserta avisos á un peso por línea.



- 1 Juev. ss. Sixto obispo y Gil abad.
- 2 Vier. ss. Antonio mr., Estevan rey y sta. **Máxima m.**  
 ☽ *Cuarto creciente á las 11 y 30 ms. de la mañ.*
- 3 Sab. s. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia mártires.
- 4 Dom. stas. Rosa de Viterbo y Rosalia v., y s. Silvano mártir.  
 (Indulgencia de 40 h. en san Francisco.)
- 5 Lun. ss. Lorenzo Justiniano y Victoriano obispos.
- 6 Mar. ss. Fausto y Eugenio mártires.
- 7 Mier. s. Juan mártir y sta. Regina virgen y mártir.
- 8 Juev. ✕ **LA NATIVIDAD DE MARIA Sma.** (Ind. de 40 h. en San Juan y San Francisco.)—s. Adriano mártir,  
 9 Vier. s. Gerónimo mr. y sta. Maria de la Cabeza y la beata A. d. J.  
 ☾ *Luna llena á las 6 y 24 ms. de la tarde.*
- 10 Sáb. ss. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio ob.
- 11 Dom. *E dulce nombre de Maria*—ss. Emiliano obispo, Proto y Jacinto hermanos mártires—(Indulgencias de 40 horas en Monserrat.)
- 12 Lun. ss. Serapio y Leoncio mártires.
- 13 Mar. ss. Eulogio ob. y Amaro abad.
- 14 Mier. La Exalt. de la Sma. Cruz, ss. Cornelio y Ciriaco ob.  
 (Indulgencia de 40 horas en el Socorro.)
- 15 Juev. la apar. de sto. Domingo de Guzman en Soría y sta. Melitona.
- 16 Vier. ss. Cornelio y Cipriano mártires.
- 17 Sab. s. Pedro Arbues y la Impr. de las llagas de s. Francisco de Asís.  
 ☽ *Cuarto menguante á las 9 y 46 m. de la noche.*
- 18 Dom. ss. Tomas de Vilan., José de Cup. y sta. Sofia.
- 19 Lun. s. Genaro y compañeros mártires.
- 20 Mar. ¶ *Vigilia*—La Concepcion de los Dolores de Nuestra Señora, san Eustaquio.
- 21 Mier. *Témpora*, s. Mateo apóstol y Evang.—PRIMAVERA.
- 22 Juev. s. Maricicio y compañeros mártires.
- 23 Vier. *Témpora*,—ss. Lino papa mr. y Constancio ob.
- 24 Sab. *Témpora*,—Ntra. Sra. de Mercedes. (Indulgencia de 40 horas en su Iglesia.)—s. Gerardo obispo y mártir.
- 25 Dom. sta. Maria de Cervellón ó del Socorro (Indulgencia de 40 horas en la Merced cuando se celebre su fiesta, sta. Aurelia virgen y mártir.  
 ● *Luna nueva á las 3 y 20 ms. de la mañana.*
- 26 Luu. s. Cipriano y sta. Justina mártires.
- 27 Mar. ss. Comes y Damian hermanos mártires.
- 28 Mier. s. Wenceslao mr. y el beato Simon de Rojas.
- 29 Juev. Dedicac. de s. Miguel Arcan. (Ind. de 40 h. en su Iglesia.)
- 30 Vier. ss. Gerónimo Doctor, Honorio y sta. Sofia viuda.

**LA DISCUSION**  
**DIARIO DE LA TARDE**



- 1 Sab. s. Remigio obispo.  
 ☽ *Cuarto creciente a las 6 y 48 m. de la tarde.*
- 2 Dom. *Jubileo. nues'ra Sra. del Rosario*—Stos, Angeles Custodios, y s. Eleuterio mártir.
- 3 Lun. ss. Máximiano y Cándido mres.
- 4 Mar. s. Francisco de Asis fun (Indulgencia de 40 horas en su Iglesia) y s. Marciano
- 5 Mier. ss. Froilan obispo, Plácido y Victoriano mártir.
- 6 Juev. ss. Bruno fund. y Emilio mr.
- 7 Vier. s. Marcos papa y sta. Justina v. y mr.—(Indulgencia de 40 horas en santo Domingo del smo. Rosario.
- 8 Sab. s. Demetrio mártir y sta. Justina virgen y mr.
- 9 Dom. *La Fies'a de la Ma'ernidad de Maria Sma*—s. Dionisio obispo mtr., y el sto. Patriarca Abrahan.  
 ☽ *Luna llena a las 9 y 56 minutos de la mañana.*
- 10 Lun. ss. Francisco de Borja, Luis Bellran, y Paulino ob.
- 11 Mar. ss. Nicacio ob. y Fermin.
- 12 Mier. Ntra. Sra. del Pilar en Zsrag. ss. Priseiano y Eeisto.
- 13 Juev. ss. Eduardo rey, Fausto y Marcial mártires.
- 14 Vier. ss. Calisto p. y m., Evaristo y sta. Fortunata herms.
- 15 Sab. sta. Teresa de Jesus v., ss. Bruno y Fortunato ms.
- 16 Dom. *La Fiesta de la Pureza de Maria Sma.*—ss. Mariano, Saturnino y Nereo mártires.  
 ☽ *Cuarto menguante b las 2 y 14 m. de la tarde.*
- 17 Lun. s. Florentino obispo y mr. y sta. Eduviges viuda
- 18 Mar. ss. Lucas E. y Justo mártir.
- 19 Sier. ss. Pedro de Alcántara y Lscio mr.
- 20 Juev. ss. Feliciano o. y m. Juan Cancio, stas. Irene y saula.
- 21 Vier. s. Hilarion abad, sta. Ursula y compañera virgen ymr,
- 22 Sab. ss. Felipe obispo, Severo, y sta. Maria Salomé.
- 23 Dom. ss. Pedro Pasoual ob. y mártir, y Donato obispo.
- 24 Lun. s. Rafael Arcángel.  
 ● *Luna nueva a las 12 y 38 m. del dia.*
- 25 Mar. ss. Gabino, Crisante, y santa Daria ms.
- 26 Mier. ss. Evaristo p., Servando y German herm. mtr.
- 17 Juev. ☽ *Vigilia*—san Fruto y sta. Sabina mártir.
- 28 V.pr. ss. Simon y Judas Tadeo ap. y sta. Cirila virgen y mtr.
- 29 Sab. ss. Narciso ob., Cenobio y sta. Eusebia mres.
- 30 Dom. ss. Marcel y Claudio mártires
- 31 Lun. *Vigilia.* s. Nemesio y su hija sta. Lucia mártires.  
 ☽ *Cuarto creciente a las 4 y 59 de la mañana.*

# LA DISCUSION

DIARIO DE LA TARDE



- 1 Mar. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—ss. Cesario y Benigno mártires.
- 2 Mier. La conmemoracion de los fieles difuntos. s. Ciriaco y Eudoxio mártires.
- 3 Juev. Los inum. ms. de Zaragoza, stas. Eustaquia y Silvia.
- 4 Vier. ss. Carlos Borromeo arzob. y Nicandro ob. y m.
- 5 Sab. ss. Félix y Eusebio ms., Zacaria y beato Martin de Porres.
- 6 Dom. ss. Severo ob y mr., Leonordo conf.
- 7 Lun. ss. Florencio obispo y Amaranto mártir.
- 8 Mar. ss. Severo y Victor ms.
- 9 Mier. ☾ Luna llena a las 3 y 50 ms. de la mañana.  
La Dedicacion de la Basilica del Salvador en Roma, ss. Teodoro y Alejandro mártires.
- 10 Juev. ss. Andrés Avelino, Trifon y sta. Ninfa mártires.
- 11 Vier. ✠ S. MARTIN ob. Patr. principe de esta Diócesis, (Indulgencia de 40h. en la Cat.) ss. Victoriano y Valencio.
- 12 Sab. ss. Martin p. y m., Rufino ob. y Diego de Alcalá.
- 13 Dom. Patroci. de Ntra. sra.—ss. Antonio, Jerman mártires y Estanislao de Kosca.
- 14 Lun. ss. Clementino y Serapio ms.
- 15 Mar. ss. Eugenio ob y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis. v.
- 16 Mier. ss. Rufino, Marcos y Valerio mártires.
- ☽ Cuarto menguante a las 4 y 47 ms. de la mañana
- 17 Juev. ss. Gregorio Taumaturgo y Victor.
- 18 Vier. La Dedicacion de la Basilica de los santos Apóstoles s. Pedro y s. Pablo, s. Máximo obispo.
- 19 Sab. s. Ponciano papa mártir sta. Isabel reina.
- 20 Dom. ss. Félix de Valois y Octavio mártir—(indulgencia de 40 h. en la Piedad por la fiesta de sustituir.)
- 21 Lun. La Presentacion de Ntra. sra., ss. Iberto y Honorio márt. (Indulcia de 40 h. en S. Miguel.)
- 22 Mar. sta. Cecilia virgen y mártir.
- ☉ Luna nueva a las 10 y 20 ms. de la noche.
- 23 Mier. s. Clemente papa y mártir y sta. Lucrecia v. y mr.
- 24 Juev. s. Juan de la Cruz. y sta. Fermin virgen.
- 25 Vier. sta. Catalina virgen y mártir.
- 26 Sab. Los desp. de Ntra. Sa. ss. Pedro Alejandrino y Fausto.
- 27 Dom. 1<sup>o</sup> de Adviento.—ss. Facundo, Primitivo y Acacio.
- 28 Lun. ss. Gregorio III papa y Mansueto (LAS VELACIONES CIER-  
RANSE.)
- 29 Mar. ¶ Vigilia —ss. Saturnino y Filomeno.
- ☽ Cuarto creciente a las 7 y 1 m. de la tarde.
- 30 Mier. s. Andrés ap. y sta. Justina.

## ¡Baratillo de impresiones!

La imprenta de LA DISCUSION, hace las impresiones baratas particularmente los carteles.

1 Juev.	s. Mariano, sta. Cándida mtes. y sta. Natalia.
2 Vier.	<i>Ayuno para las personas que no guardan las vigili- as re- -jorm.</i> —s. Silvano ob. mr. y sta. Bibiana v. y mr.
3 Sab.	<i>Ayuno</i> —ss. Francisco X. Crispin y Claudio mrs.
4 Dom.	2 <sup>o</sup> <i>de Adviento</i> , s. Pedro Crisólogo ob. st. Bárbara.
5 Lun.	s. Sabas abad y sta Crispina már.
6 Mar.	s. Nicolas de B. (Ind. de 40 h. en su Iglesia sta. Dionisia.
7 Mier.	ss. Ambrosio ob. y Policarpo mr.
	☾ <i>Luna llena á las 10 y 54 m. de la noche.</i>
8 Juev.	✠ <i>LA INMACULADA CONCEPCION DE MARI Sma.</i> (Indulgencia de 40 h. en su Iglesia y en S. Francisco.) ss. Sifronio obispo y Macario ms.
9 Vier.	<i>Ayuno</i> —stas. Leocadia y Valeria vírgenes y mártires.
10 Sab.	<i>Ayuno</i> . Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 Dom.	3 <sup>o</sup> <i>de Adviento</i> , ss. Damaso papa y Daniel Estelita.
12 Lun.	s. Donato y sta. Emerenciana vir.
13 Mar.	sta. Lucia vírgen y mártir.
14 Mier.	<i>Témpora</i> , se. Nécacio obispo y Arsenio mártir.
15 Juev.	ss. Ireneo, Cludio y Fortunato mártires.
	☽ <i>Cuarto menguante á las 5 y 4 ms. de la tarde.</i>
16 Vier.	<i>Témpora Ayuno</i> . ss. Eusebio ob. y Valentin mr.
17 Sab.	<i>Témp. Ayuno</i> , ss. Lázaro ob. y Floriano martir.
18 Dom.	4 <sup>o</sup> <i>de Adviento</i> —La Espectacion de Ntra. Sra.
19 un.	ss. Nemesio y Ciriaco mártires.
20 Mar.	sto. Domingo de Silos y sta. Liberata mártir.
21 Mier.	s. Tomas apóstol. <span style="float: right;">VERANO.</span>
22 Juev.	ss. Demerrio y Floro mártires.
	☉ <i>Luna nueva á las 8 y 56 ms. de la mañana.</i>
23 Vier.	<i>Ayuno</i> . El beato Nicolás Factor, sta. Victoria v. y mr.
24 Sab.	<i>Vigilia y abs'</i> , ss. Gregorio, Luciano y Canobio ms.
25 Dom.	LA NATIVIDAD DE N.-S.-J.-C. y sta. Anastacia v. y m.
26 Lun.	s. Estevan proto-martir.
27 Mar.	s. Juan Apóstol y Evangelista.
28 Mier.	Los Stos. Inocentes, ss. Teodoro y Castor mres.
29 Juev.	ss. Tomás Cantuariense ob. y m. y el sto. rey prof. David.
	☽ <i>Cuarto creciente á las 12 y 46 ms. del dia.</i>
30 Vier.	ss. Severo, Honorio y Donato mtes.
31 Sab.	s. Silvestre papa, sta. Paulina y sta. Hilaria ms.

## LA DISCUSION

198—POTOSI—198

Cuenta con tres máquinas á vapor y varias prensas; con su gran cantidad de tipos, de adornos y de viñetas.

# LA HIJA DEL MASHORQUERO

LEYENDA HISTÓRICA ARGENTINA.

## I.

Roque Alma-negra era el terror de Buenos Aires. Verdugo por excelencia entre una asociación de verdugos llamada Mashorca y consagrado en cuerpo y alma al tremendo fundador de aquella terrible hermandad, contaba las horas por el número de sus crímenes, y su brazo perpetuamente armado del puñal, jamás se bajaba sino para herir. Su huella era un reguero de sangre, y había huido de él hacia tanto tiempo la piedad, que su corazón no conservaba de esta ningún recuerdo y los gemidos del huérfano, de la esposa y de la madre, lo encontraban tan insensible, como la fría hoja de acero que hundía en el pecho de sus víctimas. Cada semejanza con la humanidad había desaparecido de la fisonomía de aquel hombre y su lenguaje, expresión fiel del nombre que sus delitos le habían dado, era una mezcla de ferocidad y de blasfemia que hacía palidecer de espanto á todos aquellos que tenían la desgracia de acercarsele.

Sin embargo, entre aquel horrible vocabulario de crueldades y de impiedad, como una flor nacida en el cieno, habia una palabra de bendicion que Roque pronunciaba siempre.

Clemencia— decia aquel hombre de sangre, cuando fatigado con los crímenes de la noche entraba â su casa al amanecer. Y à este nombre, que sonaba como un sarcasmo en los lãbios del asesino, una voz tan dulce y melodiosa que parecia venir de los celestes coros, respondia con ternura.

—¡Padre!—y una figura de àngel, una jóven de diez y seis años, con grandes ojos azules y ceñida de una aureola de rizos blondos salia al encuentro del mashorquero y lo abrazaba con dolorosa efusion. Era su hija.

Roque la amaba como el tigre ama à sus cachorros, con un amor feroz. Por ella hubiera llevado el hierro y el fuego à los estremos del mundo; por ella hubiera vertido su propia sangre; pero no le habia sacrificado ni una sola gota de su venganza, ni uno solo de sus instintos homicidas.

Clemencia vivia sola en el maldecido hogar del mashorquero. Su madre habia muerto hacia mucho tiempo víctima de una dolencia desconocida.

Clemencia la vió languidecer y extinguirse lentamente en una larga agonía, sin que sus tiernos cuidados pudieran volverla à la vida, ni sus ruegos y làgrimas arrancar de su corazon el fatal secreto que la llevaba à la tumba. Pero cuando su madre murió, cuando la vió desaparecer bajo la negra cubierta del ataud, y que espantada del inmenso vacio que se habia hecho en torno suyo, fué à arrôjarse en los brazos de su padre, los vió manchados en sangre y la luz de una horrible revelacion alumbró de repente el espíritu de Clemencia. Tendió una mirada al pasado, y trajo

à la memoria exenas misteriosas entonces para ella, y que ahora se le presentaban claras, distintas, horribles. Recordó las maldiciones dirigidas à Roque el Mashorquero, que tantas veces habian herido sus oidos y que ella en su amor, en su veneracion por su padre, estaba tan distante de pensar que cain sobre él. Ella que hasta entonces habia vivido en un mundo de amor y de piedad hallose en un repente en otro de crímenes y de horror. La verdad toda entera se mostró à sus ojos, y comparando con su propio dolor el dolor que su madre habia devorado en silencio, comprendió por qué habia preferido à la vida la eternidad y al lecho conyugal la fria almohada del sepulcro. Pero en el dolor de Clemencia no se mezcló ningun sentimiento de amargura. El alma de aquella hermosa niña se parecia à su nombre: era todo dulzura y misericordia. Su fatal descubrimiento en nada desminuyó la ternura que profesaba à su padre. Al contrario, Clemencia lo amó mas, porque lo amó con una compasion profunda; y viéndolo marchar solo con sus crímenes en un sendero regado con sangre, llevando el ódio bajo sus pies y la venganza sobre su cabeza, lejos de envidiar el reposo eterno de su madre, Clemencia deseó vivir para acompañar al desdichado como un àngel guardian en aquella via de iniquidad, y si no le era posible apartarlo de ella, ofrecer al menos por él à Dios una vida de dolor y de expiacion.

Clemencia rechazó con horror el lujo que la rodeaba, porque en él vió el precio del crimen, y olvidando que era jóven, olvidando que era bella, y que en el mundo hay goces celestes para la juventud y la belleza, ocultó su esbelto talle y sus deliciosas formas bajo una larga túnica blanca, cubrió los cedosos rizos de su espléndida cabellera

con un tupido velo, acalló los latidos con que su corazón la pedía amor, y se consagró toda entera al alivio de los desgraciados. Sobreponiéndose al profundo horror de su alma, hojeó esas sangrientas listas en que su padre consignaba el nombre de sus víctimas, y guiada por estos fúnebres datos, corría à buscar para adoptarlos à los hùrfanos ó viudas que el puñal de aquel habia dejado sin amparo en el mundo. Empleó para socorrerlos los talentos adquiridos en la esmerada educacion que habia recibido de su madre, dió lecciones de música y de pintura, y consagró sus horas à un constante trabajo. La pobre niña llena la mente de lùgubres pensamientos y con el corazón destrozado de dolor, tocaba alegres polkas que sus discípulos danzaban alegres y felices; y en la pavorosa soledad de sus noches, ella, que habia dicho un eterno adios à todas las dichas de la vida, se ocupaba en bordar vaporosos ramilletes en el velo de una desposada ó en la transparente y coqueta falda de un vestido de baile, sin que le desanimaran las ideas dolorosas que esos acesorios de una felicidad à que ella no podia ya aspirar, despertaban en su alma: y con el precio de esos trabajos tan llenos de tristes emociones, corría à derramar el consuelo y la paz en el hogar de aquellas à quienes habia sacrificado el hacha de su padre. Como una tierna madre acariciaba é instrua à los niños, velaba à los enfermos con ardiente solicitud de una hermana de caridad y auxiliaba à los moribundos con una elocuencia llena de uncion y piedad.

Enteramente olvidada de si misma, Clemencia aparecia vivir solo en la vida de los otros. Y sin embargo el mundo la sonreia à lo lejos, le abria los brazos, y le mostraba sus goces. Frecuentemente en sus piadosas correrias,

Clemencia oía tras de sí voces apasionadas que esclamaban:

—Cuan bella es! Dichoso, mil veces dichoso, aquel que merezca una mirada de esos ojos!

Pero aquellas palabras de galanteria y amor en medio del sepulcral silencio de la ciudad desolada, escandalizaban los oídos de Clemencia como cantos profanos entre las tumbas de un cementerio, y ocultando el rostro entre los pliegues de su velo, se apartaba con el corazón oprimido de tristeza y disgusto.

## II.

Un día al anochecer, Clemencia vió entrar en su casa y dirigirse al cuarto de su padre algunos hombres de fisonomía patipubularia, envueltos en largos ponchos bajo cuyos pliegues se veían brillar los mangos de sus puñales. Clemencia previó algo funesto en la presencia de aquellos hombres, y despues de haber vacilado algunos instantes corrió à aplicar el oído à la cerradura de una puerta que se abría sobre la habitación de su padre.

Roque, de pié cerca de una mesa tenía en la mano algunos papeles, y hablaba en voz alta à su auditorio.

—Si, amigos míos—decía—¡guerra à muerte à los uninatarios! ¡guerra à muerte à esos malvados! ¿Vosotros creis hacer mucho? Pues sabed que os engañais. Leed sino la lista de nuestras ejecuciones de este mes y cotajadlas con las delaciones que hemos recibido hoy solamente. Led y vereis que aun queda una inmensa obra al cuchillo de la mashorca, cuando compareis el número de los que han

caído con el de aquellos que caerán. . . !que caerán si, aunque se escondan bajo el manto de María!

—¡Reina del cielo! —murmuró Clemencia juntando las manos con angustia y volviéndose hacia la imàgen de la Virgen, su única compañera en aquella morada solitaria. —Si esa blasfemia ha llegado al pié de vuestro divino trono, no la escuchéis ¡madre buena! desechadla con indulgencia y alumbrad al desdichado que camina en las tinieblas.

Al pronunciar estas ú'timas palabras, Clemencia volvió á oír la voz de su padre que leía :

—“A las nueve de esta noche, un hombre embozado se detendrá al pié del obelisco de la plaza de la Victoria, y dará tres silvidos. Ese hombre es Manuel de Puyrredon, el incorregible conspirador unitario amigo de Lavalle y emigrado en Montevideo. La señal es dirigida á la hija de un federal que unida á él secretamente y convertida en su auxiliar mas poderoso, le entrega los secretos de su padre é instruida por esa señal del regreso del conspirador, irá á reunirsele para secundar sin duda el infame plan que le trae á Buenos Aires.”

—¿Lo oís, camaradas? ¡Y aun están nuestros puñales en el cinto! —esclamó Roque con una ira feliz.

—¡Muera Manuel de Puyrredon! —gritaron los asesinos desenvainando sus largos puñales.

Clemencia dirijió una mirada por la cerradura á la péndula que estaba enfrente de su padre, y se estremeció!

La aguja marcaba las ocho y cincuenta y cinco.

—¡Cinco minutos para salvar la vida á un hombre! ¡Cinco minutos para preservar á mi padre de un

crimen mas! ¡Oh! Dios mio, alarga este corto espacio, y presta alas à mis piés.

Y envolviéndose en su largo velo blanco, salió de su casa corriendo, no sin volver muchas veces la cabeza por temor de que los asesinos se le adelantaran, inutilizando el deseo de salvar al desgraciado que sin saberlo se encaminaba à la muerte.

Al llegar al ángulo que forma la calle de la Victoria con la del Colejio, Clemencia divisó un bulto negro que cortando diagonalmente la plaza se dirijia al obelisco.

—¡Es él! marmuró con voz temblorosa, y corriendo en pos suya alcanzóle en el momento que tocaba ya la verja de hierro.

Muchos paseantes vagaban en aquel sitio halagados por la brisa de la noche, é impedian à Clemencia hablar con el desconocido.

Entonces ella se volvió hacia atras, pasó cerca de él y tocole lijeramente la espalda haciéndole una imperceptible seña de seguirle.

El embozado se volvió con impetuosidad y acercándose à Clemencia, ¡Emilia! ¡Emilia mia!—esclamó ciñendo apaciblemente el cuerpo de la jóven con uno de sus brazos, sin que ella pudiera impedirlo por temor de llamar sobre ellos la atención.

Obligada asi à callar, Clemencia, al través de su velo contempló al desconocido, cuyo rostro estaba iluminado en aquel momento por los rayos de la luna. Era un hombre jóven y bello como jamas Clemencia habia visto otro ni aun en sus poéticos ensueños de diez y seis años. Era alto y esbelto. En todos sus movimientos revelábase esa elegancia fácil, casi descuidada, que solo dan el uso del mun-

do y un nacimiento distinguido. La mirada à la vez profunda y lánguida, de sus hermosos ojos, tenia un poder irresistible de atraccion que aliándose à la màjica armonia de su voz, hacia de aquel hombre uno de esos séres que una vez vistos no pueden olvidarse jamas, y que dejan en nuestra vida una huella imborrable de felicidad ó de dolor.

Y el desconocido, bajo el poder de su engaño, repetia al oido de Clemencia:

—Emilia, héme aquí, amada mia, no como un conspirador, à envolverte de nuevo en la ruina de mis quiméricas esperanzas, sino como esposo apasionado à arrebatarte de los brazos de tu padre, y llevarte en los mios, lejos muy lejos, al fondo de los desiertos, à algun paraje desconocido que tu amor convertirà para mi en un delicioso Eden. Ven, Emilia mia, abandonemos esta patria fatal. Dios la ha maldecido y nuestros esfuerzos y sacrificios para salvarla son vanos. . . .

—¡Oh!—continuó el proscrito con voz ahogada y estrechando aun mas à Clemencia contra su pecho—lo ves, Emilia; esta idea despedaza mi corazon. . . . pero aqui estás tú para calmar sus dolores y llenarlo de alegria. . .

¿Y nuestro hijo? ¡Qué bello será! ¡Cuanto habràs sufrido al separarte de él en la cruel necesidad de ocultar su existencia. . . . !

En aquel momento llegaban à un paraje solitario de la plaza. Clemencia tendió una mirada en torno suyo y separándose precipitadamente de los brazos del desconocido, alzó el velo para hacerle conocer su error.

—¡Cielos!—esclamó él, no es Emilia!

—No, señor, pero si vos os llamais Manuel de Puirredon, huid de este sitio funesto donde cada segundo es

para vos un paso hacia la muerte. . . . No lo veis?—continuó ella con terror, señalando un grupo negro al otro extremo de la plaza.—Son ellos, son los puñales sangrientos de la mashorca que os acechan. . . . Huid en nombre del cielo, por vuestra esposa, por vuestro hijo. . . Id con ellos lejos de este antro de fieras à realizar ese hermoso sueño de dicha que alhaga vuestra mente. Huid, huid, repitió, señalando al proscrito una calle sombría y alejándose ella por otra.

### III.

Al entrar en su casa Clemencia, fué à postrarse à los piés de la Virgen, y ocultando su rostro bajo el velo de la sagrada imàjen, lloró largo tiempo, murmurando entre sellosos palabras misteriosas: quizá algun dulce y doloroso secreto que ella habia querido ocultarse à si misma, y que solo osaba confiar à aquella que guarda la llave del corazon de las vírjenes.

Desde ese dia el hechicero y melancólico rostro de Clemencia, palideció mas todavia, revistiéndose de una tristeza profunda. ¡Quién sabe que halagüeña vision cruzó por su mente con las palabras apasionada, de ese hombre! ¡Quién sabe que sentimiento hizo nacer su vista en aquel corazon jóven y solitario!

Algunas veces con la mirada perdida en el vacio, sonreia dulcemente; pero luego, como asaltada por un amargo recuerdo, movia la cabeza en ademan de dolorosa resignacion murmurando en voz baja:

Hija de la desgracia, heredera del castigo celeste, víctima espiatoria, piensa en tu voto; acuédate que tu reino no es de este mundo.

Y sumida de nuevo en su mortal tristeza, consagrábase con mayor ardor à la mision de piedad que se habia impuesto.

—Clemencia, dijo à su hija un dia el mashorquero— ¿porqué te halló cada vez mas triste y meditabunda? ¿quién se atreve à causarte pesadumbre? Nómbralo, por vida mia, y muy luego podrás añadir—Desdichado de él.

—Nadie! padre. . . nadie!—respondió esta estremeciéndose, y levantó instintivamente la mano al corazon, como si hubiese temido que su padre leyera alli algun secreto.

—Nó. . . . tú me engañas. . . . Hace tiempo que advierto lágrimas hasta en tu voz ouando bienes à abrazarme.

—Padre. . . . repitió la jóven interrumpiéndole y fijando en los sangrientos ojos del asesino los suyos azules y piadosos—¿no lo adivinas? Cuando despues de una noche de vigilia y ansiedad te veo llegar en fin y salgo à abrazarte, pienso con profundo dolor que los hijos de esos desdichados que diariamente siega el hacha de tu bando, no podrian gozar ya de esa felicidad que Dios me concede á mi todavia. ¡Oh! padre ¿no es este un gran motivo de tristeza y de lágrimas?

En medio de esas sangrientas escenas no has llevado alguna vez la mano al corazon, y te has preguntado que harías tú mismo si vieras una mano armada del puñal bajarse sobre tu hija y degollarla. . . .?

—Calla. . . .! calla, Clemencia. . . .!—gritó el bandido—¿qué haria? El infierno mismo no tiene una rabia semejante á la que entonces moveria el brazo de Roque para

vengarte. . . . Pero tú estas loca, niña! No sabes que los salvajes unitarios no tienen corazón como nosotros, que amamos y aborrecemos con igual violencia. . . . ?

—Padre, tú sabes que eso no es cierto! ¿qué dicen pues los gritos desgarradores de esas madres, los gemidos de esas esposas y el triste llanto de esos huérfanos que à todas horas oigo elevarse al cielo contra nosotros? No te dicen que las fibras rotas por tu puñal en el fondo de sus almas son tan sensibles como las nuestras?

—Calla, repitió, calla, Clemencia! tienes una voz tan insinuante y persuasiva que me lo harías creer; y entonces? qué pensaría el general Rosas de su servidor? ¡Como se burlaría Salomon y Cuitiño de su compañero! No. . . . Véte! no quiero escucharte, hoy sobre todo que Manuel de Puirredon, ese bandido unitario à quien he jurado degollar, vaga entre nosotros invisiblemente y como protegido por un poder sobrenatural. . . . Oh! però n vano me inquieto. . . ¡qué locura! Este corazón està lleno de ódios, y ya no cabría en él la piedad. . . . Escucha sino esta historia. . . !

Hace algunos meses entré à oír misa en la iglesia del Socorro.

—Padre! Osasteis entrar en el templo de Dios con las manos manchadas!

—¿De sangre? Si, por cierto ¿porqué no, si es sangre de unitarios, esos enemigos de Dios.

Entré, como decia, en la iglesia del Socorro.

Apenas habia comenzado la misa, un hombre à cuyo lado me habia arrodillado volvióse de repente y habiéndose contemplado un segundo como para reconocermé paseó sobre mí una mirada de desprecio y apartándose con insolente repugnancia, fué à colocarse muy lejos de aquel sitio.

Aquella accion me denunció un unitario. El miserable había reconocido á Roque, pero ignoraba lo que era la venganza de Roque.

Mis ojos no se apartaron de él durante la misa y al salir de la iglesia víle entrar al frente de una casa pequeña, casi arruinada.

En la noche de ese dia, mientras aquel hombre olvidado del agravio que me habia hecho y con dos niños en los brazos estaba tranquilamente al lado de su mujer, ocupada en bordar el ajuar para el tercero que iba á nacer, yo guié á su casa la Mashorca, y entre los brazos de su esposa y de sus hijos hundi mil veces mi puñal en su corazon salpicando los pañales del que aun no habia visto la luz.

—Clemencia! Clemencia! ¿qué tienes?

El asesino alargó el brazo para sostener á su hija, que vacilante y trémula lo rechazó con mal disimulado horror.

—Por algun tiempo—continuó él, crei que seria eso que llaman remordimiento, el recuerdo imborrable que aquella escena de sangre, de gritos y de lágrimas dejó en mi imaginacion; pero ¡oh! era solo el contento de una venganza satisfecha. El dia en que Roque conociera la compasion ó el remordimiento, la hoja de esta arma se empañaria y... mira como resplandece... dijo el bandido, haciendo brillar su ancho puñal á los ojos de su hija.

Y ocultándolo en seguida entre la faja de su chiripà se alejó; sin duda para volver á su horrible tarea.

Clemencia se sintió anonadada bajo el peso de las espantosas palabras que habia escuchado. Débil, quebrantada, exànime fué á caer á los pies de su divina protectora elevando hácia ella las manos en angustiosa plegaria.

A medida que oraba la esperanza y la fé desendian á

su corazón; y cuando se levantó, su frente volvió á iluminarse con la serenidad de la resignación.

—Nunca es tarde para tu infinita misericordia, Dios mío—dijo ella alzando al cielo su mirada—La hora del arrepentimiento no ha llegado todavía, pero ella sonará.

En seguida visitó el tesoro que guardaba para los desgraciados; tomó consigo una cesta de provisiones y un bolsillo de oro; y á favor de las sombras de la noche, fué á buscar aquella casa de que habia hablado su padre.

Reconocióla en la huella del hacha de los bandidos que rompiendo el postigo la habian dejado abierta. Clemencia iba á pasar el umbral de una habitacion desnuda y miserable, cuando oyendo una voz que hablaba dentro se detuvo y contempló el cuadro que se ofrecia á su vista.

En un rincon del cuarto, sobre un lecho pobre y desahogado, yacia una mujer jóven, pero pàlida y enflaquecida, con un recién nacido en sus brazos. Mas lejos, un niño de seis años y otro de cuatro estaban sentados bajos los mantos de una camita suspendida en forma de cuna por cuatro cuerdas reunidas y pendientes de una viga del techo.

La luz opaca de una vela que ardia en el suelo daba á aquella morada un aspecto lúgubre que, unido al recuerdo de la espantosa escena ocurrida allí despedazó de dolor el alma de Clemencia.

—Mamá—decia con voz lamentable el menor de los dos niños—tengo hambre. ¿Que has hecho del pan que comimos ayer?

La madre exhalió un profundo jemido al mismo tiempo que el otro niño respondió con acento grave y resignado:

—Lo comimos, Enrique, lo comimos y mamá no tiene dinero para comprar otro, porque está enferma y no puede

trabajar. No la atormentes; y ~~d~~ermamos como el pobre angelito que ayer cayó del cielo entre-nosotros.

—Ay! él tiene el pecho de mi mamá y yo tengo hambre. . . . tengo hambre! replicaba Enrique llorando.

—Dios mio! exclamó la madre entre sollozos—si en la sabiduria de tus designos quisistes que el hacha homicida abatiera el árbol mas robusto, yo adoro tu voluntad y me resigno; pero ten piedad de estas tiernas flores que comienzan á abrirse á los rayos de tu sol. ¡Señor! tu que alimentas las avecillas del aire, los gusanos de la tierra y que oyes llorar de hambre á mis hijos ¿no enviarás en su socorro uno de los millares de ángeles que habitan tu cielo. . . .?

Ah! hélo ahí—murmuró viendo á Clemencia que arrodillada ante la cama de los niños les presentaba las provisiones que habia traído.

La madre juntó las manos y contempló con religiosa admiracion á aquella bellisima jóven, cuyo blanco velo plegado como una aureola en torno de su frente parecia iluminar las tinieblas que la rodeaban, y que inclinada sobre sus hijos como el génie de la misericordia los cubria con una mirada de ternura y de dolor. La pobre mujer creíala un ángel descendido á su ruego; é inmóvil, temia que un ademan, que un soplo, desvanecieran la divina vision, restituyéndola á la horrible realidad.

Y cuando Clemencia se acercó á su lecho, la sencilla hija de pueblo alargó ansiosamente la mano para tocar las suyas y convencerse de que no era una aparicion sobre humana.

—¡Oh! tu, que has venido á derramar el consuelo en esta

morada de dolor,—exclamó abrazando las rodillas de la jóven—¿quién eres, criatura angelical?

—Soy un ser desventurado como vosotros y vengo à buscar à mis compañeros de dolor. Vengo à deciros: Madre cristiana, confiad en aquel que enjuga toda làgrima y acalla todo jemido. El vela sobre todos de lo alto de su cielo y puede hacer de la mas débil criatura un instrumento de su misericordia. ¿Habeis quedado sola y desamparada? Yo estaré cerca de vos y sereis mi hermana querida. ¿Vuestros hijos necesitan de un protector? Yo lo seré. ¿Os hallais falta de todo? Hé aqui oro para que lo procureis:

—Ah! sois una santa! . . .—dijo la viuda, inclinándose devotamente—benedicid à mi hijo y dadle un nombre; por que todavia no está bautizado.

Y puso al recién nacido en los brazos de Clemencia.

—Llamadle *Manuel*—dijo ella en voz baja, y al pronunciar este nombre la pàlida frente de la vírgen se ruborizó, y sus ojos brillaron con extraño fulgor.

—Manuel, continuó, besando al niño con timidez—yo seré para ti una nodriza solícita y apasionada. Tu madre no tendrá celos, pues para ella serán todas tus caricias; para mi solo la dicha de poder decir cada dia—Manuel ¡yo te amo!

—Ay de mi!—exclamó la pobre madre, cubriendo sus ojos con la mano de Clemencia, y sollozando profundamente—bien pronto lo sereis todo para él. Mi esposo me llama desde la eternidad. El puñal del asesino no ha podido romper el lazo que unia nuestras almas, y la mia se va, aunque à pesar suyo, y gimiendo amargamente por estas otras almas que se quedan penando en la tierra. Y la infeliz señalaba à los niños con ademán desesperado.

Clemencia la escuchaba con terror. La hija del asesino pensó estremecida de espanto en los crímenes de su padre, cuya imájen nunca se le habia presentado tan horrible. Pero sobreponiéndose à las lúgubres ideas que la abrumbaban, llamó à la madre al cumplimiento de su deber en la tierra, y à la cristiana à la resignacion en la voluntad del cielo.

—Madre mia—dijo el mayor de los niños cuando quedaron solos—¿cuál de los àngeles del Señor es este que ha venido à visitarnos?

¡Que hermosos son sus largos cabellos rizados como los de nuestra Señora del Socorro!

—Y sus ojos, mamá—replicó el mas pequeño—sus ojos azules como el cielo y sus pestañas ¿no es cierto que se parecen à los rayos de esa estrella que nos està mirando por la ventana?

—Si, hijos míos—dijo la viuda sonriendo tristemente à sus niños—es un bello àngel que Dios tiene en la tierra para consolar à los infelices.

—Ah! es un àngel de la tierra—por eso serà tan triste. Yo la he visto llorar mientras arreglaba nuestra cama.

—Cuàl es el nombre de ese àngel, madre mia?

—Cualquiera que sea, bendigámoslo, hijos míos, y pidamos à Dios que enxugue sus làgrimas como ha enxugado las nuestras—dijo la viuda haciendo arrodillar à los niños para la oracion de la noche.

V.

Clemencia entre tanto se alejaba con lentos y vacilantes pasos. La espresion de su semblante revelaba un profundo

desconsuelo. Pensaba en la omnipotencia del mal y en la impotencia del bien. Un solo golpe de puñal habia bastado à su padre para abrir el insondable abismo del infortunio que acababa de contemplar, y ella con toda una vida de sacrificios y abnegacion ¿què habia alcanzado? Aliviar el hambre y la desnudez; curar dolores materiales: para los del alma nada habia hallado sinó lágrimas. Y à esta idea Clemencia se sintió abrumada por un inmenso desaliento. Pero como siempre, cuando temia que su fé vacilara, la virgen elevó su pensamiento à Dios, pidiéndole algun grande sacrificio que la revelase el secreto de hacer descender la felicidad donde reinaba el dolor.

Un nombre pronunciado muchas veces con acento feroz, despertó bruscamente à Clemencia de su triste meditacion. Miró en torno suyo, y se encontró entre un grupo de hombres cuyo aspecto siniestro llamó su atencion.

Embozàbanse en largos *ponchos*; y armados todos de puñales guardaban cuidadosamente una puerta. La hija del mashorquero los reconoció. Aquellos hombres eran los compañeros de su padre: aquella casa era la *tendencia*, el sitio consagrado à las ejecuciones secretas, el *in pace* donde los unitarios entraban para no salir jamás, y en cuyas bóvedas el dedo del terror habia grabado para ellos la lúgubre inscripcion del Dante.

Mientras Clemencia trémula y palpitañte de ansiedad procuraba oculta detras de una columna escuchar lo que hablaban aquellos hombres, un jinete montado en un caballo negro, y cuya espada de largos tiros chocaba ruidosamente contra el encuentro de la lanza que empuñaba, detuvo con una sofrenada y una maldicion la fogosa carrera

de su corcel; y acercándose al grupo que custodiaba la puerta:

—Teniente Corbalan—gritó con voz ronca y breve—toma veinte hombres y ronda el Bajo, mientras yo hago una batida en Barracas ¡Por las garras del Diablo! Consiento en dejar de ser quien soy si el sol de la mañana no encuentra la cabeza de Manuel Puirredon elevada en esta lanza.

Y undiendo las espuelas en los flancos de su caballo, se alejó como un sombrío torbellino.

Clemencia pàlida y helada de espanto cayó sobre sus rodillas. El hombre que acababa de hacer ese horrible juramento era su padre.

—Corbalan—dijo uno de aquellos bandidos—llévame contigo. . . . Quiero matar hombres y no guardar mujeres.

—Si—Alma negra te hubiera entregado la que està en el calabozo de las Tres Cruces, no te habia pesado guardarla para ti—dijo riendo atrozmente otro de ellos.

—Ah! viejo tigre! sorprender à la hermosa que esperaba à su galan, atarla como un cordero al arzon de la silla, traerla bajo el poncho à la Intendencia, encerrarla en el calabozo de las Tres Cruces donde hay mas de cincuenta sepulturas. . . . ¿qué pensará hacer de ella?

—Poca cosa! Matarla en lugar de su marido, y matarla con él si logra atraparlo.

Clemencia no escuchó mas. Alzóse fuerte y resuelta; acercóse con entereza al gefe de los bandidos, y dando à sus ojos la negra mirada de su padre, levantó el velo y le dijo con voz imperiosa.

—Teniente Corbalan! ¿me conoceis?

—La hija del comandante!—esclamó el mashorquero descubriéndose.

Los bandidos se apartaron respetuosamente, y la jóven sin dignarse añadir una palabra; pasó el umbral y se internó en las sombras del fatidico edificio.

En la oscuridad del lóbrego portal que daba entrada al patio de los calabozos, Clemencia divisó un hombre de pié, inmóvil y apoyado en una alabarda. Vestia el uniforme de gendarme y ella le creyó un centinela; pero al acercarse à él se estremeció.

La jóven no tuvo para reconocerlo necesidad de ver su rostro que cubria la ancha manga de una gorra de cuartel.

—¿Desventurado!—murmuró Clemencia al oido de aquel hombre y estrechando su brazo con terror.—Qué haceis aqui? ¿No habeis oido?

—Si, respondió él, cerrandola el paso—Soy aquel que los asesinos buscan con tan feroz afan. Sus puñales están sobre mi cabeza, pero yo he venido à salvar à mi amada ó perecer con ella. Mirad, continuó hiriendo con el pié un objeto sin forma que yacia en tierra—he matado un centinela, y armado con sus despojos velo aqui para tender à mis pies al primero que atraviese el dintel de esa puerta.

—Manuel Puirredon!—dijo Clemencia descubriendo su bello rostro y pasando en los ojos del proscrito una mirada inefable ¿os acordais?

—Ella! . . . .esclamó—el unitario ¡el àngel que me salvó. . . .!

—¿Teneis confianza en mi? Me abandonareis el cuidado de salvar à aquélla que buscais?

—Ah!—respondió él con un transporte que Clemencia reprimió asustada—por esas solas palabras, hermosa cria-

tura, héme aqui à vuestros pies. Pedid mi sangre. . . . .  
mi alma. . . . .todo os lo daré.

—Alejaos pues de este funesto lugar; trasponed esa  
puerta fatal, y esperad à vuestra amada donde ella os espe-  
raba poco hà.

—No! Todo. . . . .menos alejarme un paso de aqui.

—Oh! Dios mio! quiere perderse!. . . . .Pues bien. . . . .  
juradme al menos permanecer inmóvil bajo vuestrodisfraz,  
y no atacar à nadie cualquiera que sea que pase por este  
sitio.

—Duro es hacer esa promesa!. . . . .pero pues lo quereis,  
¡sea!

—Gracias! gracias! . . . . .esclamó ella estrechando la ma-  
no del proscrito, en la que éste sintió caer una lágrima

—Sed feliz, Manuel Puirredon. . . . . ¡Adios!

Y la jóven bajando el velo se perdió entre las som-  
bras.

El unitario oyó à lo lejos un ruido áspero de cerrojos y  
dijo:

—Es la puerta de su calabozo. . . . . ¡Emilia! ¡Emilia  
mia!

Y con la mirada y el oido atento, interrogaba angustiosa-  
mente á la noche y al silencio. Y asi pasaron con la len-  
titud de los siglos dos, cinco, diez minutos; y Puirredon,  
en su mortal inquietud, aquella que se lo habia impuesto.

Al fin allà á lo lejos el blanco velo de Clemencia apare-  
ció de repenteentre las tinieblas de un lóbrego pasadizo.  
Puirredon la vió venir sola y olvidando su promesa, olvi-  
dando su peligro, olvidando todo, arrojó una exclamacion  
de dolor y corrió à su encuentro. Pero al llegar á ella dos

brazos cariñosos rodearon su cuello, y unos labios de fuego ahogaron en los suyos un grito de gozo.

—Silencio, amado mio!—dijo una voz querida al oído del proscrito. Un milagro me ha salvado. La virgen del Socorro ha descendido à mi calabozo para librarme. Si Yo la he reconocido en su celeste belleza y en la melancólica sonriza de su labio divino. Este es su sagrado velo. . . . él nos pròtejerà. . . . Huyamos. . . .

Y la mujer encubierta arrastró tras de sí al proscrito.

Cuando los fugitivos llegaban à la puerta vieron avanzar un ginete que haciendo dar botes à su caballo entró en el portal, y arrojándose en tierra desenvainó su puñal y en un silencio feroz se encaminó al patio de los calabozos.

A su vista Puirredon sintió estremecerse entre las suyas la mano de su compañera, y la oyó murmurar bajo su velo con acento de terror:

—Alma negra!!

Mas luego traspucieron ambos el umbral ma'd ito, y respiraron el aura embalsamada de la libertad.

Entre tanto Alma-negro atravesó el patio y llegando al calabozo de las Tres Cruces recorrió los pesados cerrojos y buscó à tientas entre las tinieblas.

Un rayo perdido de la luna menguante deslizándose por la estrecha claraboya de la bóveda, formaba una mancha lívida en el húmedo pavimento, haciendo mas densas las tinieblas de aquella espantosa mas-morra. Sin embargo, el ojo ávido descubrió una forma blanca.

Fúese hàcia ella, estendió su mano sangrienta, y palpando el cuello de una mujer, hundió en él su puñal, gritando con ràbia:

—Delatora de nuestros secretos; cómplice de los infames unitarios, muere en lugar del conspirador que amas, pero sabe antes que ni tus huesos se juntarán con los suyos, porque tu sepulcro será el fondo de este calabozo.

Y hablando así, arrojó una espantosa carcajada.

Al sentirse herida de muerte la desventurada, llevó las manos à su cuello dividido, y conteniendo la sangre que se escapaba à torrentes de la herida:

—Dios mio!—murmuró—mi sacrificio está consumado! cumplida está la mision que me impuse en este mundo: haced ahora, Señor, que mi sangre lave esa otra sangre que clama à vos desde la tierra.

Al acento de aquella voz, Alma-negra sintió romperse su corazon, y los cabellos se erizaron sobre su cabeza. Alzóse rápido y levantando à su víctima corrió à la claraboya y miró al rayo de la luna su rostro ensangretado.

—Clemencia!!!—gritó el asesino con un horrible alarido.

—Padre! . . . . .pobre, padre! . . . . .eleva al cielo tus miradas, y búscala allí—balbuceó la dulce voz de la jóven al exhalar el último aliento.

El bandido cayó desplomado en tierra, arrastrando entre sus brazos el cadáver de su hija degollada. . . .

Pero la sangre de la virjen halló gracia delante de Dios, y como un bautismo de redencion, hizo descender sobre aquel hombre un rayo de luz divina que lo regeneró.

JUANA MANUELA GORRITI.

# GOLON

## CANTO LÍRICO.

Sagrada inspiracion! Tu lumbre pura  
Del seno mismo del Eterno brota:  
Raudal fecundo de virtud y glorias,  
Fúljido se desprende  
Y en santo fuego el corazon enciende.  
La humanidad que incierta se atropella  
Del tiempo en el revuelto torbellino,  
Oye tu voz, y con ansiosa huella  
Sigue do quiera tu esplendor divino.  
Tú, del profeta de la ley hebrea,  
El cautiverio bárbaro aliviabas,  
Y ante sus ojos la escondida noche  
Del lóbrego futuro iluminabas.  
Tronó en su voz tu poderoso acento,  
Se alzó en su diestra tu invencible mano,  
Y de Israel los hijos,  
Vencedores del déspota crüento,  
Marcharon libres, por tu luz guiados,  
Dejando en pbs sus hierros destrozados.  
En su alma noble, tu celeste fuego

Arder sintió Licurgo el Espartano;  
 Y á tu impulso, magnánimo suicida,  
 Consolidó sus leyes con su vida.

Tú de Caton el corazon heróico,  
 Poderosa inflamabas; y su mano,  
 Victoriosa se alzó sobre el tirano  
 Con la muerte sublime del estóico.

Tú el arpa dulce de David templabas,  
 Tú de Fídias el mármol esculpías,  
 En la frente de Sócrates brillabas,  
 Y de Cristo en la Cruz resplandecías.  
 Tú de Colon tambien la sien fulgente  
 Con tu aureola pura iluminaste:

Tú de Colon tambien el pecho ardiente,  
 Con tu divino aliento fecundaste:  
 Por tí guiado, en misterioso vuelo,  
 Rasgando el éter, encumbróse al cielo,  
 Y de tu luz al resplandor fecundo,  
 Abarcó su mirada todo un mundo.

Sagrada inspiracion! tu lumbre pura  
 Del seno mismo del Eterno brota:  
 Oye mi voz, y que el sombrío olvido  
 Rasgue ante mí su manto ennegrecido:  
 Y tornen las edades que pasaron,  
 Revivan los sucesos que murieron;  
 Los hombres que en la tumba se ocultaron,  
 Los soles que al ocaso descendieron.

De lágrimas sin fin, de sangre y duelo,  
La tierra miro y de dolor cubierta;  
Y en honda noche de luctuoso velo,  
La triste humanidad vagando incierta.  
El carro de la guerra.  
Tronar escucho con fragor horrendo,  
La temblorosa tierra  
En su vuelo de muerte recorriendo:  
La tiranía bárbara le rije;  
Y en su furor infando,  
Esclavitud y luto va sembrando  
Y esclavitud y luto recojiendo.  
La cándida verdad huye aterrada;  
Sucumbe la virtud á su quebranto;  
Y la alma libertad, encadenada,  
El roto escudo inunda con su llanto.  
Al choque de las armas fragorosas  
El templo de las leyes se derrumba,  
Y el mónstruo impío con rabioso encono,  
Alza sobre él su ensangrentado trono.  
Asi la tromba que enjendrâra acaso  
El jenio tronador de la tormenta,  
Rinde, abate, ó devora destrozados  
Mares, bajeles, bosques y collados:  
Del rápido huracan entre las furias,  
Viene á estallar por fin; y confundidos  
Lanza en negro monton de sus entrañas  
Marca, bajeles, montes y montañas.  
Mas cuál sublime acento

Se escucha resonar entre el violento  
Horrisono fragor que al orbe atruena?  
Qué viva luz en su esplendor inunda  
La honda noche de horror que le circunda?  
Quién, sobre la oprimida muchedumbre,  
Alza su frente á la celeste cumbre?  
Es de la ciencia el sacerdote santo,  
Que el altar abandona y se levanta;  
El mortal inspirado, que hasta el templo  
De la inmortalidad guia su planta.  
Es el *hijo del pueblo*, que á la era,  
De los cielos remonta sus hogares;  
Es el profeta de una nueva esfera,  
Es Colon, es el jenio de los mares!

De la pobreza en el regazo tierno,  
Le alimentó la gloria;  
Y á mecerle en su cuna descendieron  
La inspiracion divina y la victoria.  
Y el hijo del olvido, levantado  
Jigante, inmenso en alas de su jenio,  
Encontró estrecho el mundo que pisaba,  
Y estrecho el horizonte que abarcaba,  
Y otro sol, otra tierra y otro cielo,  
Concibió su inspirada fantasía;  
Y á la luz de la antorcha que le guia,  
Rey de la inmensidad, tender su vuelo,  
Y sus ensueños contemplar ansía.

Una nave tan solo! y ese mundo  
Pasmará, realizado, á las naciones;

Y el jenió audaz que supo adivinarle  
Bastará con sus brazos á estrecharle.  
Una nave tan solo! y el profundo  
Seno del mar humilla á, y el viento;  
Una nave tan solo! y ese mundo  
Surjirá de las olas á su acento.

Hijo de la verdad! el tiempo alado,  
Imprimió en tu faz sus hondas huellas,  
Oyó tus preces, y te vió con ellas,  
Recojer amargura y desencantos.  
La nieve de los años  
Se meció helada en tu marchita frente  
Y nadie te escuchó! y aquellos reyes  
Que tan grandes y nobles parecieron,  
A tu acento, en que un mundo palpitaba,  
Con desden ó sarcasmo respondieron.

Y no habrá de hallar eco tu plegaria!  
Y de la muerte fría,  
Te cubrirá la sombra funeraria  
Antes que luzca de tu gloria el día? . . .  
Mas ya de Iberia las benignas playas  
Hollar te veo en venturoso instante:  
Ya resonar escucho convincente  
Tu palabra profética y ardiente . . . .  
Muda la intelijencia  
Ante ti se postró: calló la ciencia:  
Pero de tu alma el fuego sobrehumano,  
El corazon adivinó en su vuelo;

Y una mujer, con protectora mano,  
Tu voz oyendo, respondió á tu anhelo.

---

Ya el Oceano te espera  
Sublime como tú; majestuoso  
Sacude la encrespada cabellera,  
Y sobre el manso viento,  
Hasta tí envia su confuso acento.  
La reina del misterio,  
Bañado en luz su espléndido palacio,  
Te aguarda en tu camino;  
Y la victoria con sus alas de oro  
Ya conducirte anhela  
Al término feliz de tu destino.  
Allí te espera el mundo de tus sueños,  
La virgen de los mares;  
Y ya para ceñir tu sien ardiente,  
Desentrelaza de su casta frente  
Su corona de rosas y azahares.

---

La noche precipita en Occidente  
Su carro ennegrecido,  
Y el nacarado trono de la aurora  
En el rosado Oriente  
Se alza, de gasas y carmin vestido:  
Y el oscilante seno  
De una ligera carabela hollando,  
Con atrevida planta,

Colón sobre las aguas se levanta.  
Parar los vientos, domoñar las olas,  
Y los espacios humillar intenta,  
Y de su esfuerzo, y de su anhelo apoyo,  
Tres naves, nada más, frágiles cuenta.  
Frágiles? nó; que con potente mano  
Un jénio las dirige en su camino,  
Y el jénio triunfará: sobre la tierra  
Triunfar es su destino!  
Si el viento á combatirle se arrojára,  
Al viento mismo audaz encadenára,  
Si olas sin fin hallára en su carrera,  
Olas sin fin sereno traspusiera.  
No haya temor! que la victoria os guía  
Intrepidos marinos!  
Y allá en la inmensidad del Océano,  
Con su fúljida diestra,  
El dulce premio á vuestro anhelo muestra.  
No haya temor! su irresistible vuelo  
Llevará vuestras naves vencedoras;  
Callará el aquilon de espanto lleno,  
Y el horizonte rasgará su seno  
Para dar paso á las agudas proras.

---

Partieron! . . . de la brisa pasajera  
Se oyó el jemir en la turjente lona,  
Llevando el ay! tristísimo que envía,  
El marino á la playa que abandona.

Partieron! . . . . de las olas ajitadas  
Rompiendo van la nebulosa bruma,  
Y en pos dejan las quillas aceradas  
Hirvientes surcos de revuelta espuma.  
Partieron! . . . . en su rápida carrera  
El viento volador los arrebató,  
Y ya las blancas velas se confunden  
Allá, del mar, con la ondulante plata.  
Ya el lejano horizonte las oculta . . . .  
Ya en su seno el Océano las devora . . . .  
Ya, ante ellos, sus horrores y misterios  
La inmensidad despliega aterradora.

Desde el ignoto azul de un nuevo cielo  
Un majestuoso sol su luz envía;  
Nueva aurora le anuncia en el Oriente,  
Nuevo Occidente su fulgor e conde:  
Impetuoso el viento  
Alza su voz, vagando allí sin freno,  
Y un dilatado mar de ronco seno,  
Con salvajes ruidos le responde.  
Jamás mortal alguno, aquellos cielos  
Y aquel sol, profanó con su mirada;  
Jamás nave lanzada  
A sondear la inmensidad del globo,  
Dividió allí las olas con su proa  
Ajitando la brisa voladora:  
Solo el cóndor soberbio  
O el águila sublime,

Cuando á la inmensidad llevan su vuelo,  
Aquella lumbre admiran  
O aquellas auras vírgenes respiran.  
Allí muere el imperio de los hombres,  
Acaba allí la huella de su planta;  
Y la naturaleza, engrandecida,  
En su espléndido trono se levanta.  
Pero en vano, de escollos invencibles  
La humanidad en su inmortal carrera,  
Se verá circuida por do quiera;  
En vano, á detenerla en su camino,  
Abismos miles abrirá el destino;  
Porque el mortal osado,  
Sin descanso jamás; jamás cansado,  
Con los escollos mismos  
Cegará adte sus plantas los abismos.  
—No veis, no veis allá en el horizonte,  
De tres bajeles las tendidas velas,  
Que ora parecen en la densa bruma,  
Ora el mar las confunde con su espuma?  
Esas humildes barcas, invencibles  
Desde que un jénio abrigan en su seno,  
Han cruzado escondidas rejiones,  
Y vencidos los raudos aquilones  
Y el mar sombrío de furores lleno.  
Allí Colon con inflexible mano,  
Vá rijiendo su leve carabela,  
Y entre la multitud que le circunda,  
Su noble faz descuella

Como, en la noche, fulgorosa estrella.  
De la verdad la lumbre  
Resplandee profética en sus ojos;  
Y el sacro fuego, que en sus venas cunde  
Doquier valor y fé, vivido infunde.  
Cuando combate el huracan violento,  
Cuando arrostra el furor del Oceano,  
Semeja majestuoso el rey del viento  
O el padre de las olas soberano.  
Mas ah! . . . que de repente,  
Su magnético aliento,  
El jénio de los polos misterioso  
A las naves envia poderoso:  
La salvadora aguja, vaga incierta  
Sobre el eje en extraño movimiento,  
Y la ciencia enmudece, y del portento,  
La oculta causa á comprender no acierta.  
El fatídico espanto se apodera  
De los helados pechos,  
Que el valor abandona  
Y en sus crispadas, nerviosas manos,  
Los yertos corazones aprisiona.  
Áterrada la chusma y confundida  
Pide tornar á las remotas playas,  
Y contra el deber lucha,  
Y los acentos del honor no escucha.  
Pero todo lo vence y sobrepuja  
El jénio de los mares prepotente:  
Las voces callan al sonar sus écos,

Los brazos caen ante su brazo fuerte.  
Y oprimido tal vez bajo su planta,  
El hodo mismo su cerviz quebranta.  
Ya dos veces la reina de la noche  
Brillar han visto entre el plateado velo,  
Dos veces la han mirado en su carrera  
Amenguarse, crecer, cruzar la esfera  
Y sepultarse en el azul del cielo.  
Y siempre en pos del anhelado puerto  
Hienden el mar con vuelo infatigable,  
Y solitario y yerto  
El negro mar se extiende inacabable  
Y pasa en su carrera el rey del día.  
Pasa la noche en sus opacas nieblas. . . .  
Y la traicion sombría  
Aguza del puñal en las tinieblas,  
Pero deja que el mísero destino  
Hiera tu corazón; deja que aleve,  
Hasta tu seno, en sus furores lleve  
Penas y afán ¡errante peregrino!  
Ya miro desplomarse la barrera  
Que en tu sendero levantó su mano;  
O á romperse contemplo la cadena  
Con que tu vuelo aprisionara en vano.  
Ese cielo que miras esplendente  
Es el que busca tu anhelar ardiente.  
Ya está cerca el momento de la gloria,  
Y pronto el sol que en el zenit se ostente  
Será el fúljido sol de tu victoria.

La noche en lento paso,  
Silenciosa descende hácia el Ocaso,  
Y el alba apenas con su luz primera  
Pálida tiñe la azulada esfera.  
De la mar que á lo lejos se dilata  
Huyendo va la nebulosa bruma,  
Y allá distante la rizada espuma .  
Baña el Oriente en blanquecina plata.

Una voz poderosa hasta los cielos  
De repente se alzó: voz prodijiosa,  
Como jamás los hombres escucharon,  
Como jamás los écos resonaron:  
“Tierra” en las naves ajitadas suena;  
“Tierra” se oye en el mar estremecido,  
Y el solemne clamor los aires llena  
De rejion en rejion es repetido.

Un negro promontorio con su falda,  
Hollaba el seno de la mar sombría,  
Y entre la oscura, condensada niebla  
La majestuosa frente confundía.

Colón se alza sublime, dominando  
La yerta inmensidad sobre su planta,  
Y mas grande, parece y majestuoso  
Que la roca que ante ellos se levanta.  
La turba le contempla confundida  
De admiracion y espanto poseída,  
Y, ante su faz, que irradia vencedora,  
Postrada y muda su mandato adora.

Triunfante al fin, gigante de las olas!  
Venciste de la suerte los azares!  
Los vientos te escucharon,  
Y los altivos mares;  
A tu presencia su furor calmaron.  
—Mas ha! ya de la envidia,  
La faz contemplo ante tu gloria alzarse,  
Y sus convulsos lábios ajitarse  
Lívidos de furor: la atroz perfidia  
Y la calumnia impura,  
Acudiendo á su voz, sus huellas siguen  
En el misterio de la noche oscura.

Vencedor de la mar y de los vientos!  
Ah! porque no supiste  
Triunfar tambien de la maldad humana!  
Viste tu brazo fuerte  
Entre cadenas doblegarse inerte;  
Y sofocó tu pecho,  
De un calabozo el horizonte estrecho.  
• Asi los hombres te premiaron crueles!  
Esos fueron, oh jénio, tus laureles!  
Y los siglos corrieron,  
Y á tu inmortal memoria  
Ni un monumento levantarse vieron!  
Y esa jeneracion de viles reyes  
Que, en tu triunfo, cobarde se embriagara,  
Con el eseuro polvo del olvido  
Quiso eclipsar tu nombre esclarecido! . . . .  
Su torpe mezquindad no fué bastante

A comprender de tu alma la grandeza!  
Los Reyes. . . . esos reyes tan soberbios  
Solo tienen de grande su pobreza!  
Y hacen alarde de altivez y saña,  
Y se visten de oro y pedrería. . . .  
Para ocultar su alevé cobardía,  
Para encubrir el lodo que los baña!

Mas no importa! La llama generosa  
Que se escapara de tu polvo inerte,  
Arde, aún, pura, hermosa,  
Aprisionando al tiempo y á la muerte,  
El sacro bardo á su calor se inspira;  
Mira tu sombra, allá sobre los vientos,  
Y de nuevo se escuchan tus acentos  
En los acentos de la ardiente lira.

La noche del olvido  
No existe para ti! sin fin, tu nombre  
Volará por los siglos repetido,  
A travez de los tiempos eternos!  
En un mundo grabaste tu memoria,  
Ese mundo, Colon, será por siempre  
El monumento eterno de tu gloria.

*Cárlos Encina.*

# EL HERMANO DE ATAHUALPA

(NARRACION HISTÓRICA)

## I.

Alaide es la flor mas bella del vergel americano. Blanco lirio perfumado con el hálito de los serafines!

Su alma es una arpa colia que el sentimiento del amor hace vibrar y los sonidos que exhala son tiernos como la queja de la alondra.

Alaide tiene quince años y su corazon no puede dejar de latir ante la imàjen del amado de su alma.

Quince años y no amar es imposible! A esa edad el amor es para el alma lo que el rayo del sol primaveral para los campos.

Sus lãbios tienen el rojo del coral y el aroma de la violeta. Son una linea encarnada sobre el terciopelo de una margarita.

Las leves tintas de la inocencia y el pudor, colorean su rostro; como el crepúsculo las nieves de nuestras cordilleras.

Las mãs dejas de rubio pelo que caen en gracioso desórden sobre el armiño de su torneada espalda, imitan los hilos de oro que el padre de los Incas derrama por el espacio en una mañana de primavera.

Su acento es amoroso y sentido como el eco de la quena. Su sonrisa tiene todo el encanto de la esposa del cantar de los cantares, toda la sencillez de una plegaria.

Esbelta como la caña de nuestros valles si puede conocerse el sitio por donde ha pasado, no es por la huella que su planta breve grava en la arena sinó por el perfume de angelical pureza que deja tras de si.

Y en verdad, Alaide tiene algo de divino, porque su belleza se hace sentir y no se esplica.

Todo en ella es castidad, todo grandeza—Mujeres hay que llevan en si la misma marca de pureza y espiritualismo que los querubes—¿Quizá Dios las hizo hermanas de ellos!

## II.

La América jime bajo las garras del leon de Castilla.

Sus vestiduras de armiño se han manchado con la sangre de los dos hijos del sol.

Hernan Cortés elije à Motezuma por su víctima, pero mas grande y caballero que Francisco Pizarro se resiste à hacer el papel de verdugo.

Conquistadores! Vosotros que proclamais el cristianismo y con él la fé, la paz y la libertad, necesitais cadáveres para erijir sobre ellos el lábaro de redencion.

Pero vuestra obra era maldita por el Eterno y se ha desmoronado como las torres de Pentápolis ante la ira de Dios. El sol de la libertad debió radiar al traves de las tinieblas de tres siglos y alli, como inmortales geroglificos de diamante, están los nombres de JUNIN y AYACUCHO!

Los que hemos recibido ¡oh patria! un corazón para amarte con el afecto del hijo à la madre, lloramos con el recuerdo de tu pasado de esclavitud odiosa y nos lamentamos al ver tu presente en el que reina solo el egoismo, la adulacion y la intriga.

Pero allí està tu mañana y el espíritu profetiza que será para ti una nueva y gloriosa era. ¡Ay de los que no creen! ¡Ay de los que dudan!

La patria! Cuanta májia se encierra en esta palabra! Es estrella que guia al peregrino y lo liberta de caer en el abismo; es el ombú que lo cobija y ampara cuando impo- nente se desata el asolador pampero.

La patria! En esta voz está compendiada la historia del hombre. Su amor à la divinidad, à una madre, à la mujer de nuestros ensueños, al amigo que nos consoló en nues- tros dolores.

### III.

Es una tarde de Abril del año de 1534.

La luz crepuscular vierte su indeciso resplandor sobre la llanura. El sol, desciñéndose su corona de topacios, va à acostarse en el lecho de espumas que le brinda el Océano.

La creacion es en ese instante una lira que lanza débiles sonidos. El lascivo céfiro que pasa dando su beso al jaz- minero, la hoja que cae movida por las alas del pintado colibrí, el turpial que en la copa de un àlamo entona un canto talvez de agonía, el sol que se hunde inflamando como una hoguera el horizonte, todo es bello en la última hora de la tarde y todo eleva la criatura hàcia el Hacedor.

Pero en la luz crepuscular la belleza es melancólica, como la virgen del sol precipitándose en las llamas: por

que esa luz con la que formó Jehová esta gran máquina que llamamos el mundo, fué la que rompió las tinieblas del caos.

Cuan grato es en ese instante platicar de amores! ¡Cuanta majia tienen para el corazón del hombre las palabras de la mujer querida! Oír en lontananza el murmurar blando del arroyuelo que se desliza, sentir que orea nuestras sienes el aura cuajada del perfume que exhalan la flor de los limoneros y juncas; y en medio de este concierto de la naturaleza beber el amor del alma, en los labios, en las pupilas, en el seno de la hermosura idólatra, es gozar la dicha del Paraíso. . . es vivir.

Toparco estrecha entre sus manos las de Alaide. Él tiene fijos en los de ella sus ojos; porque de los ojos de Alaide recibe vida su espíritu.

Se aman con profunda ternura: como dos flores nacidas de un tallo: como dos cisnes que juntos aprendieron à rizar el cristal del lago.

Alaide y Toparco sentados bajo la sombra de un palmero en el muelle, asiento de grana que ofrece la campiña, hablan el lenguaje de la pasión. La naturaleza entera les sonríe y les habla de amor.

Él siempre hermoso cielo de la patria, cuanto su mirada alcanza, tiene para ellos una poesía indefinible. Sus pensamientos respiran una dulce vaguedad, como si sobre ellos batiera un querubín sus alas tornasoladas de záfiro y gualda.

No profanemos el sentimiento copiando las palabras que brotan del fondo de esas dos almas virginales y enamoradas

IV.

Toparce, à quien el padre Velazco historiador de Quito, llama Hualpa-Capac, es un mancebo de veinte y dos años, de apuesto talle y de gentil semblante.—Es hijo de la Sciri de Quito y hermano de Atahualpa.

Muerto é-*te*, los españoles ciñeron à Toparce la borla imperial proclamándolo Inca; pero en realidad no era mas que un instrumento en sus manos para el logro de miras ambiciosas.

Hace nueve semanas que rije el imperio—Es un garzon, se dicen los conquistadores. Pero bajo la corteza del niño se encierra un corazon de hombre y Toparce prepara con ese sijilo inherente à los indios de América los medios necesarios para destruir à sus opresores.

Calcuchima, el mas valiente de los guetferos peruanos, y Quizquiz, el mas sagaz y experimentado de los generales que tuvo Atahualpa en su guerra contra Huascar, ayudan à Toparce en sus planes de libertad.

Pero ¡ay! que afanes tantos deben ser burlados por la fortuna que se encapricha en proteger à un puñado de castellanos. Buhos de mal agüero, aves de rapiña lanzados del seno de la caduca Europa, para buscar presas en la jöven América.

Y de entonces el indio como la conciencia de su debilidad, es sombrío como el último rayo de luz. Por eso fué que gran parte del pueblo indiano prefirió sepultarse en las cuevas con sus ídilos, sus tesoros y sus recuerdos.

Pero la esperanza no abandona jamás à los débiles, y ¿quién sabe si esa raza oprimida lee algo de grande en el

porvenir? Si los cantos del poeta bastan ppra espresar los sufrimientos de una generacion; nada habla tanto al espíritu como un *yaravi*, troba del indio enchida de sentimental perfume, gemido que al salir desgarrá el pecho é himno que respira fé en la mañana. Todo esto es à la vez un *yaravi*, poesia que se desprende del alma con tan íntima ternura, acompañada por los acentos de la guerra como las hondas lamentaciones al compàs del salterio del Profeta.

V.

En el fondo del jardin aparece un anciano envuelto en una larga y blanca túnica de lino. Sus canosos cabellos caen sobre un rostro que respira bondad y sus miradas se detienen en los dos amantes con aire de cariñosa proteccion.

Este anciano es el gran sacerdote de Caranquiz.

—Padre mio, venid!—le grita el jóven Inca—Benedicidme como bendijisteis à Atahualpa el dia en que se ciñó el *Uautu* rojo. . . . Benedicid tambien à la mujer que amo, dádmela por esposa.

Y los jóvenes se arrodillaron ante el gran sacerdote por cuyas rugosas mejillas rueda una trasparente lágrima.

—Vosotros lo quereis? Pues sea. . . .!

Una misma estrella nos alumbra y yo bendigo vuestro amor, hijos míos. . . . ¡ojalà que el destino os sonria! Pero el Dios de Tumbalà me inspira à profetizarte, infeliz monarca, que serás el último de tu sagrada estirpe. Tu reinado durará pocas lunas y acaso tus vestiduras se verán manchadas con tu propia sangre.

Y el anciano se aleja exclamando:

—Ay de tí, hijo del sol! Ay de tu pueblo!

Repuesto de su turbacion Toparco se encuentra con la amorosa mirada de Alaide.

—Si tú me amas, tórtola mia, sabré conjurar el porvenir. . . . El destino nos ofreeerá senda de flores y cuando haya devuelto su esplendor primero á nuestra patria ¿no es verdad, espíritu de amor, que estampando tus lábios en mi frente dirás—Yo te quiero, Toparco, por que eres grande y valiente?

Y Toparco escondió su semblante entre las manos; por que asi como las flores tienen necesidad del rocío, asi el hombre tiene necesidad de verter lágrimas.

El llanto es el rocío ó la hiel que reboza del corazon!

## VI.

Aunque Don Garcia de Peralta no formó parte de los oatorce arrojados aventureros que siguieron á Pizarro, cuando este en la Isla de Gallo despues de trazar una línea con su espada dijo: —siganme los que amen la gloria— merecia la confianza y el cariño del capitan conquistador, quien en los combates vió siempre á Peralta en los sitios donde mas recio se batia el cobre.

Con una alma de hierro incrustada en una corteza de acero, las pasiones del soldado debian ser indomables y frenéticas como el torrente que se desborda. Hombres organizados así, no comprenden esos sentimientos dulces á la par que poéticos que forman para los otros mortales la epopeya de la felicidad sobre la tierra.

Don Garcia vió á Alaide y la amó.

Diremos mejor, ansió poseerla.

Porque el amor no es el deseo de ser dueños de todo lo que Dios ha formado bello, sinó el anhelo de confundir nuestro ser en otro ser que aliente en la misma atmósfera de misteriosa vaguedad que nosotros.

Es una hoguera respecto de la cual cada palabra, cada sonrisa, cada mirada es como una arista ó un esparto lanzado en ella.

El sentimiento de Don Garcia por Alaide en nada participa del amor que hemos pretendido pintar. La belleza de la jóven ha hablado à sus sentidos y ha jurado gozar de sus encantos.

Disputando de la confianza de Pizarro le arrancó una orden de prision contra Toparco de quien habia motivos para recelar un alzamiento. Pizarro, esa figura colosal en la historia del Perú, se dejaba dominar muchas veces por los caprichos de sus compañeros y se prestó à ser juguete de Don Garcia.

## VII.

El gran sacerdote acaba de bendecir el matrimonio de Alaide con el jóven Inca. Van à ser felices. . . . ¡Maldicion!

Por la costa de un cerro aparece Peralta y seis soldados. Alaide palidece al ver su amenazador aire de triunfo.

El monarca separado violentamente de los brazos de su amada es cargado de hierros y conducido por los españoles.

Don Garcia mira con sarcástica sonrisa à la americana, la toma bruscamente del brazo y obligándola à seguirlo dice:—Ahora nadie puede salvarte. . . . De grado ó fuerza seràs mia!

VIII.

Toparco está reclinado sobre el banco de piedra de su oscuro calabozo. Sus párpados caen con suavidad y una lágrima, trasparente como una gota de rocío, se detiene en sus pestañas.

¿Sueña ó medita?

Su espíritu está entregado á esa vaga absorcion que solemos experimentar en la vigilia. Sus lábios se mueven como si quisieran abrir paso á las palabras. El recuerdo del trájico fin de Atahualpa viene á su memoria; mas en medio de tan sombrío pensamiento la imágen de Alaide se presenta á su fantasía como el astro de la luz que disipa las tinieblas.

Quizás la casta flor de sus amores ha sido profanada por las insolentes caricias del estrangero!

Y tú, tierna Alaide, tú, cuya belleza es cópia de la de un serafín, sientes tambien que el llanto nubla la luz de tus pupilas.

Ay de la tórtola amorosa arrebatada del nido donde está su dueño! Ay de la delicada sensitiva cortada del tallo que la vió nacer!

IX.

De pronto se abre la puerta de la prision y se precipita en ella una mujer.

—Alaide! esclama el prisionero estrechándola contra sus brazos.

—Aparta! . . . aparta tus lábios porque mis besos dan la muerte! . . . Yo he jurado morir digna de ti y . . . moriré. . . .

—¿Porqué hablas de morir, tortolilla de ojos dulces? Háblame de amor que anhele oír tu acento mas delicado y rico en armonía que la cántiga del tomequin. . . . . Tus flotantes ropas vierten un perfume mas voluptuoso que el tilo y el tamarindo de nuestras montañas . . . . Tu aliento quema mis sentidos. . . . .

—Oh mi bizarro rey! ¡Esposo mio! He conseguido venir à respirar en tus brazos . . . Desfallecida iba à sucumbir sin vengarme, estrechada por el estrangero.....Pero me acordè que en un anillo llevaba el veneno con que inficionan sus armas los indios de Tumbalá y lo apliqué à mis lábios. . . . . Soy tuya; le dije al español; pero cuando hayas saciado tu brutal capricho, concédeme ir al calabozo de mi señor.....El infame firmó una órden para que los carceleros no me estorbasen la entrada y como un tigre famèlico se abalanzó à mí. Insensato! ¿no es cierto? Creyó que mis besos de fuego eran un arretato de placer...., Pensó que yo mordía sus lábios porque el deleite me embriagaba. . . . . ¡Nécio mil veces! Al separarse de mi seno..... era un cadáver.

—No puede ser verdad cuanto me dices. . . . . Tu corazon se estravia Alaide.

—Yo soy impura y tu me rechazas. . . . . Ya no puedo pertenecerte... La esclava debe morir. ¡Perdon, Topareo!

—Sin tí, azucena del valle, ¿para qué anhele la vida?

—Eres grande y generoso como tu padre Huaina-Capas . . . . . Vive porque la patria reclama los esfuerzos de tu juventud.

—La patria! A su nombre me siento reanimado; pero todo será inútil. . . . Recuerdas las profecías del gran sacerdote de Caranquis? Cuan presto se ha cumplido!

Esclavo cargado de hierros; esposo ofendido. . . . mira lo que soy ahora. En breve quizá seré el segundo de mi estirpe que muera en un cadalzo. . . . y ¿no es mejor luz de mis ojos, sentir que la vida se desprende en la agonía de la pasión. . ?Alaide, Alaide mia. . . . Dame un beso . . . La muerte será dulce si la recibo de tus labios . . . Este calabozo sea nuestro lecho de boda . . . ¿Que importa que tu cuerpo haya sido profanado por la lujuria cobarde del extranjero, si tu alma es tan pura como el mas limpio firmamento. Alaide. . . . yo te adoro!

Y los labios de los dos amantes se oprimieron con un frénetico arrebató. La nube del amor veló sus pupilas, las fibras de sus pechos palpitaron con violencia y el éco sepulcral del calabozo repitió suave y fatigosamente estas palabras:

—Esposo!

—Alaide, Alaide mia!

## X

Dos horas despues los carceleros participaban à Hernando Soto que el rejió preso y su esposa habian sido encontrados muertos en su calabozo.

Es fama que Pedro de Candia acusó à Calleuchima de haber *dado yerbas* à Toparco y à don Garcia y que sin atender á sus protestas de inocencia fué descuartizado este valiente general.

RICARDO PALMA.

# ROSA

(EPISÓDIO HISTÓRICO)

## I.

El once de Febrero de 1817 la población de Santiago estaba dominada en un estupor espantoso. La angustia y la esperanza, que por tantos días habían ajitado los corazones convertíanse entónces en una especie de mortal abatimiento que se retrataba en todos los semblantes. El ejército independiente acababa de descolgarse de los nevados Andes y amenazaba de muerte al ominoso poder español: de su triunfo pendia la libertad, la ventura de muchos, y la ruina de los que, por tanto tiempo, se habían señoreado en el país; pero ni unos ni otros se atrevían á descubrir sus temores, porque solo el indicarlos podria haberles sido funesto.

La noche era triste: un calor sofocante oprimia la atmósfera, el cielo estaba cubierto de negros y espesos nubarrones que á trechos dejaban entreveer tal cual estrella empañada con los vapores que vagaban por el aire. Un profundo silencio que ponía espanto en el corazón y que de vez en cuando era interrumpido por lejanos y

tétricos ladridos, anunciaba que era jeneral la consternacion. La noche, en fin, era una de aquellas en que el alma se oprime sin saber por qué; le falta un porvenir, una esperanza; todas las ilusiones ceden; no hay amigos, no hay amores porque el escepticismo viene á secarlo todo con su duda cruel; no hay recuerdos, no hay imágenes, porque el alma entera está absorta en el presente, en esa realidad pesada, desconsolante con que sañuda la naturaleza nos impone silencio y nos entristece. Temblamos sin saber lo que hacemos, el zumbido de un insecto, el volido de una ave nocturna, un no sé qué de siniestro; de horrible. . . .

Eran las diez, las calles estaban desiertas y oscuras; solo al pié de los balcones de un deforme edificio se descubria, en un ancho manto, un hombre que, á veces apoyado en la muralla y otras moviéndose lentamente, semejaba estar en acecho.

De repente hiere el aire el melodioso prelude de una guitarra, pulsada como con miedo, y luego una voz varonil, dulce y apagada deja entender estos acentos.

¿Qué es de tu fé, qué se ha hecho  
El amor que me juraste,  
Rosa bella?  
Acaso alienta tu pecho  
Otro amor, y ya olvidaste  
Mi querella?

¿No recuerdas, linda Rosa,  
Que al separarnos jurabas,  
Sollozando,  
Amarme siempre; y donosa  
Con un abrazo sellabas  
Tu adios blando?

Como entonces te amo ahora;  
Porque en mi pesada ausencia,  
A mi lado,  
Te soñaba encantadora,  
Compartiendo la inclemencia  
De mi hado.

Torna, pues, á tus amores  
No deseches mi quebranto;  
¡Que muriera,  
Si ultrajáras mis dolores,  
Si desdeñáras mi llanto!  
¡Hechicera! . . . .

Pone fin á las endechas un ligero ruido en los balcones y un suave murmullo que, al parecer, decia:

— ¡Cárlos, Cárlos! ¿eres tú?

— Sí, Rosa mia, yo que vuelvo á verte, á unirme á tí para siempre!

— ¡Para siempre! ¿no es una ilusion?

— No: hoy que vuelvo trayendo la libertad para mi patria y un corazon para tí, alma mia, tu padre se apiadará de nosotros: yo le serviré de apoyo para ante el gobierno independiente, y él me considerará como un marido digno de su hija . . . .

—¡Ah no te engañes, Cárlos, que tu engaño es cruel! mi padre es pertinaz, te aborrece porque defiendes la independenciam, tus triunfos le desesperan de rábia. . . .

—Yole venceré, si tú me amas; prométeme fidelidad, y podré reducirle. . . .

—Espera un instante, que en ese sitio estas en peligro!

El diálogo cesó. Despues de un tardío silencio se vé entrar al caballero del manto por una puerta escusada del edificio; la cual tras él volvió á cerrarse.

Pero la calle no queda sin movimiento; à poco rato se vislumbra un embozado que sale con tiento de la casa, desaparece veloz, y luego vuelve con fuerza armada, y ocupa las avenidas del edificio: voces confusas de alarma, de súplica, ruido de armas, varios pistoletazos en lo interior, turban por algunos momentos el silencio de la ciudad.

Una brisa fresca del sur habia despejado la atmósfera, las estrellas brillaban en todo su esplendor y la luna aparecia coronando las empinadas cumbres de los Andes; su luz amortiguada y rojiza contrastaba con la oscura sombra de las montañas y les daba apariencias gigantescas y sinietras.

El chirrido de los cerrojos de la cárcel y de sus ferradas puertas resonó en la plaza: un preso es iutroducido á sus calabozos. . . .

## II.

A la una del dia doce estaba sentado á la mesa con toda su familia el marques de Aviles; noo

de los empleados del gobierno real acaba de llegar.

—¿Qué nos dice de nuevo el señor asesor? pregunta el marques.

—Nada de bueno: los insurjentes trepaban esta mañana á las siete la cuesta de Chacabuco: nuestro ejército los espera de este lado, y en este momento se está decidiendo la suerte del reino, señor marques; entre tanto, ¿V. S. no ha leído la *Gaceta del Rey*?

—No, léala usted y veamos.

—Trae la misma noticia que acabo de dar á V. S. y este párrafo importante.

El asesor lee:

“Anoche ha sido aprehendido en una casa respetable de esta ciudad el coronel insurjente Cárlos del Rio. Se sabe de positivo que este facineroso ha sido el vencedor de nuestras avanzadas en la cordillera; y que juzgando el insolente San Martín que podia sacar gran ventaja de la audacia y sagacidad de este oficial, le ha mandado á Santiago con el objeto de ponerse de concierto con los traidores que se ocultan en esta ciudad. Pero la Providencia divina, que protege la causa del rey nuestro señor, puso en manos del gobierno el hilo de esta trama infernal, y uno de los mejores servidores de S. M. entregó anoche al insurjente, el cual se habia atrevido à violar el asilo de aquel señor con un objeto bien sacrílego. S. M. premiará á su debido tiempo tan importante servicio, y el traidor espíará hoy mismo su crimen en un patíbulo, adonde le seguirán sus cómplices. . . .”

Aquí llegaba la lectura del asesor, cuando Ro-

sa que estaba al lado de su padre el marques, cae desmayada, lanzando un grito de dolor. Todos se alarman, la marquesa dà voces, el asesor se turba, unos corren, otros llegan; solo el marques permanecia impasible, y diciendo al asesor:—No se fije usted en esta loca, yo he sido quien he prestado al rey ese servicio, yo hice aprehender aquí en mi casa á ese insurgente que me traía inquieta á Rosa de mucho tiempo atrás; qué quiere usted! casi se criaron juntos! La frecuencia del trato, eh? . . . . El muchacho se inquietó con los insurrectos, yo le arrojé de mi presencia y hoy ha vuelto á hacer de las suyas! . . . .

Despues de algunos momentos, merced á los auxilios de la marquesa, Rosa vuelve en sí: sus hermosos ojos humedecidos; su color enrojecido; sus labios trémulos; su cabellera desarreglada, sus vestidos alterados, todo retrata el dolor acerbo que desgarrá su corazon: es un ángel que llora, que pide compasion y que solo obtiene por respuesta una sonrisa fria, satánica! . . . .

—¡Padre mio, dice arrodillada á los piés del marques, yo juro no unirme jamás á Carlos, pero que él viva! . . . Un sollozo ahoga su voz.

—Que él muera, replica el anciano friamente, porque es traidor á su rey.

¿No os he dado gusto, padre mio? ¿no me he sacrificado hasta ahora por respetaros? Me sacrificarè mas todavia, si es posible, pero que él viva! . . . .

—¡Vivirá y será tu esposo, sí reniega de esa causa maldita de Dios que ha abrazado, si vuelve á las filas de su rey. . . . El anciano se conmovió al decir estas palabras.

Rosa se levanta con una gravedad majestuosa, y como dudando de lo que oye, fija en su padre una mirada profunda de dolor y de despecho, y concluye exclamando con acento firme:

—¡No, señor! quiero mas bien morir de dolor, y que Cárlos muera tambien con honra por su patria, por su causa; yo no le amaria deshonorado. . . .

Desapareció. Un movimiento de espanto, como el que produce el rayo, ajitó á todos los circunstantes. . . .

Las tinieblas de la noche iban ya venciendo el crepúsculo, que hacia verlo todo incierto y vago.

Habia gran movimiento en el pueblo, el susto y el contento aparecian alternativamente en los semblantes, nadie sabe lo que hay, todos preguntan, se inquietan, corren, huyen, el tropel de los caballos y la algazara de los soldados de la guarnicion lo ponen todo en alarma. La jente se apiña en el palacio, el presidente vá á salir, no se sabe adonde: allí está el marques, la marquesa, el asesor y otros muchos de los principales.

Rosa aprovecha la turbacion jeneral, sale de su casa disfrazada con un gran pañolon: oye vivas á la patria, sabe luego que los independientes han triunfado en Chacabuco, y corre á la cárcel á salvar á su querido: llega, vé todas las puertas abiertas, no halla guardias, todo está en silencio, los calabozos desiertos; corre despavorida, llama à Cárlos, solo le responde el éco de las ennegrecidas bóvedas: penetra a lfin en un patio: allí está Cárlos, el pecho cruelmente desgarrado, la cabeza inclinada y atado por los brazos á un poste

del corredor . . . ; Una hora antes le habian asesinado los cobardes satélites del rey!

Rosa toma entre sus manos aquella cabeza que conservaba todavia la bella espresion del alma noble, intelijente del bizarro coronel; quiere animarla con su aliento . . . se hiela de horror . . . vacila y cae derodillas . . . Una mano de fierro la levanta, era la del marques que con voz trémula y los ojos llorosos la dice:

*¡Respetar la voluntad de Dios!*

### III.

Era el 12 de Febrerro de 1818: el ruido de las campanas, las salvas de artillería, las músicas del ejército, los vivas del pueblo que llena las calles y plazas, todo anuncia que se está jurando la Independencia de Chile!

¡La patria es libre, gloria á los héroes que en cien batallas tremolaron victoriosos el tricolor! Prez y honra eterna á los que derramaron su sangre por la libertad y ventura de Chile! . . .

En el templo de las Capuchinas pasaba en ese instante otra escena bien diversa: las puertas estaban abiertas, los altares iluminados, algunos sacerdotes celebrando; una que otra mujer piadosa orando; las monjas entonaban el oficio de difuntos, su lúgubre campana heria el aire con sonos plañideros. En el centro del coro se divisaba al traves de los enrejados, un ataúd . . .

Ese cajon contenia el cádaver de la hija del marques de Aviles; estaba bella y pura como siempre y su frente orlada con una guirnalda de rosas.

JOSE V. LASTARRIA.

..

[18 de junio de 1847.]



## MEMORIAS DE UNA COQUETA.

—  
Quien mucho abarca  
Poco aprieta.

### I.

¡La primera noche que me presento en sociedad, tres pretendientes! ¡Tres d claraciones!

¡Que efecto, despues de siete años de colegio, con el corazon henchido!

¡Y que finos los tres! Ni elegidos.

¡Ese Ricardo, que jóven tan elegante! ¡que guapo! ¡que amable! . . . Y luego Eugenio, ¡qué bondadoso! Y que dicen que es muy rico. ¡Pues y Luis! ¡Qué talento! ¡que carta tan delicada! ¡qué conversacion tan dulce, tan elocuente! ¡es todo un pastel!

### II.

¡Qué conflicto tener que desairar á dos! ¡Y luego si el otro me olvida. . . . ¡adios! otra vez á la luna de Valencia. . . . Pues señor. . . . ¡cual escogeré! . . . ¡eso de escoger á ciegas! . . . ,si me tomase tiempo para conocerlos. . . . Si me quedára sin ninguno. . . . Nó, nó, miedo me dá el pensarlo. . . . Si me quedára con los tres. . . . Pues me

quedo con los tres, y así el que mas me guste, el mas constante se queda despues. Nada, lo he dicho, los tres. Y ahora ¿que les contesto?.... Probemos.

“Caballero: Como comprendo por la de vd. la ansiedad con que espera la mia, me apresuro á mandársela; si bien esta precipitacion no es prueba de un triunfo seguro. Confie vd en que esas simpatias que vd. manifiesta, son recíprocas, y como vd. dice, podrán llegar á ser un sentimiento, una pasion que acaso hará la felicidad de los dos. Pero en cambio de esta esperanza que le doy yo, exijo confianza ciega y completa reserva. Tal creo necesario para nuestro amor. De esta manera, etc.”

Y *mutatis mutandis* se las mando á los tres.

Lo peor seria que ahora se enseñasen las cartas... pero nó... y si se las enseñan, será que habrán faltado á la reserva que les exijo y á la palabra de caballeros, de modo que en la culpa llevan el castigo.

### III.

¡Dios mio! ¡tiemblo cada vez que me veo delante de los tres! ¡Que apuros! ¡Para tener contento á uno, tengo á los otros con unas caras que dan compasion! ¡Pobres chicos! ¡Nada, al que le toque la vez! ¡Y luego todos quieren la cita á la misma hora! ¡Que gracioso!... si tuviese tres almas, tres corazones, los repartiria entre los tres; y lo que es Luis esta noche, estaba resentido! Con razon... porque la vez no le ha tocado hace tres dias.

¡Mañana será ella! ¡Ricardo que es tan celoso! ¡qué le dirè! . . . ¡y ese bueno de Eugenio que no se fija siquiera! . . . Vaya . . . debia quedarme con uno . . . ¿Y á quién dejo? ¿A Luis? . . . ¡Cá! ni pensarlo, al que menos. ¿A Ricardo? . . . Tampoco. ¿A Eugenio? . . . Tan buen chico . . . ¡y rico que es! . . . No, á ninguno. Es imposible ya. Mi corazon se ha interesado por los tres. Pues señor, ¿qué haré? . . . Adelante con los tres, y sal sol por Antequera.

#### IV.

¡Jesus, que noticia! ¡Un desafio! Y por mi! ¡Quése han desafiado Luis y Ricardo! ¡Qué ligeros son los hombres! ¡Por cualquier cosa! ¡Vamos tambien, que yo no soy cualquier cosa! . . . Dicen que soy bonita . . . ¡quién habia de decir! . . . Por mi! . . . ¡A donde lleva una ligerezal . . . ¡Si yo me hubiera aconsejado! . . . Pero estos hombres, ¡que sangre tienen! . . . ¿En que quedará? . . . ¡Voy á rezar por los dos, y por los tres, por si acaso!

#### V.

¡Ricardo herido en un brazo! ¡Qué horror! ¡Pobre muchacho! . . . ¡Y Luis tan valiente! . . . ¡Qué harán! . . . ¡Si lo sabrá mamá! . . . ¡Si yo viera á alguno de ellos! . . .

VI.

¡El muy trasto! . . . ¡Qué petulante! ¡Pues no ha tenido el atrevimiento de llamarme coqueta delante de todas las amigas! ¡Qué habrán dicho en la reunion! Vaya con el tal Ricardo! ¡Ya me parecia á mi, antes, algo empalagoso! Qué descortés! . . . ¡Y qué irritado estaba! . . . Para un arañazo que se le curó en los dos dias, tanta pamera! . . . ¡Me alegro, ya he concluido con uno, con el que menos queria! . . . ¡y luego ese pobrete de Eugenio que me vé en la calle y no me saluda! . . . ¡Qué de prisa ha pasado! ¡Parecia huido! . . . ¡Si tendrá miedo de que le desafie yo! . . . ¡Ja! ¡ja! ¡Pobre hombre! Eso es que tambien se ha dado de baja.

¡Pero de que tengo ya de apurarme! Lo que yo no podia hacer; lo ha hecho la suerte. ¡Los pobres vencidos han tomado la retirada! Luis, el vencedor, ese es el que me queda . . . ¡Oh! ¡como le querré ahora! . . . ¡No le dejaré escapar! . . . Pero es Luis, ¡qué será de él!

¡Una carta del correo interior! . . . ¡Oh! letra de Luis!

“Señorita: Por un momento he pensado vengar una traicion, ó mas bien un capricho, con un silencio espresivo; pero veo que podria tomarse este silencio por debilidad, y me decido á escribir esta, aunque con harto disgusto.

No solo he sabido la triple burla por mis rivales, y sin embargo de que yo solo la sé tal cual ha pasado, no quiero valerme de ella para vengarme y ridiculizar á Vd.; y no por que V. me

merezca ninguna consideracion, sino porque acostumbró á tratar con delicadeza aun á aquellas personas que han perdido la suya.

“Haga Vd. por olvidar el nombre del que se felicita por haber tratado á V. tan poco y haberla conocido tan pronto.”

## VII.

Ese triste fin tuvo mi primera travesura.

Mi orgullo se resintió ante aquel triple desprecio, que bien merecia, y como todas las mujeres, hube de inventar una historia para dejar en salvo el honor del pabellon.

Yo me persuadí que aun habria en ellos cenizas de lo pasado, y que la mejor venganza de mi parte, seria hallar un favorecedor á quien dispensar mis favores; y en efecto, á puro poner en juego todos mis encantos, todas mis seducciones; despues que ya fuí maestra en fingir, lo hallé; pero aquel y otros que le sucedieron, fueron una vana gloria; gloria vana en que ninguna parte tomaba el corazon, porque ninguno hallé que fuera ni tan elegante y gracioso como Ricardo, ni tan rico y bondadoso como Eugenio; ni tan noble y de tanto talento como Luis. ¡Siempre tenian alguna falta. ¡Era tan imposible reunir todo!

Por esto fuè tanto mudar y mudar, tanto fingir, y la verdad es que no sé si consistia en ellos ó en mí, pero ninguno me duraba quince dias.

¡Y qué poco duraron mis glorias! ¡Qué corta es la vida de las seducciones! ¡Pasa rápida como la primavera del año!

De pronto me hallé en los treinta años, y empecé á pensar algo mas maduramente, porque veía que se me acababan todos esos encantos que me hicieron pasar por reina de la hermosura. Ya no veía precipitarse á los pollos por sacarme á bailar, por acompañarme, por pasear la calle, por saludarme en paseo: eran otra clase de hombres, gallos con espolones. de cuarenta y cinco años. ¡Y yo me despepitaba por un guapo chico á quien solia ver en cierta reunion!

Una noche dijo que no le gustaban las mujeres gruesas. Yo, que hacia tiempo que empezaba á serlo, me agité, y determiné adelgazar, de cualquier modo posible, y volver á ser aquella polli-ta esbelta, ligera como una paloma, flexible como una caña de Indias, segun me habian dicho tantos hombres.

Y en efecto, yo pregunté qué aguas adelgazaban mas, y ayuné y guardé dieta voluntaria, y no paseaba por no hacer ejercicio, y no comia mas que verduras, y . . . ¡En fin, hice mas penitencia que una monja! ¡Oh, y cuanto vinagre tomé para aparecer pálida!

Pero ¡ca! aquel hombre parecia una estátua; con todas, menos con migo, era atento, servicial, galante, y todo cuanto hay que ser.

¡Ah! ¡qué trabajos pasé por ver si me hacia entender! Desgraciadas de nosotras, que no podemos elegir y decir: “este me gusta” y tenemos que recibir al que venga!

Al fin un dia, tenia yo un clavel, me saludó, le devolví una sonrisa de efecto, y tal le produjo, que ya le oi hablar:

— ¡Qué florida vá Vd.!

—Nó mucho, un clavel.

—Sí pero que acompaña á una rosa.

—Es lisonja.

—Nó; es justicia.

—Favor que vd. me hace.

—De ninguna manera. Despid e fragancia y frescura.

—¿El clavel ó la rosa?

—Uno y otra, si V. lo toma por ese lado.

—¿Pero por quien lo dijo V.?

—Señorita, no me atreví á hablar de la rosa, y lo dije por el clavel.

—Pues está á su disposicion.

—¿La rosa ó el clavel?

—Hablamos ya del clavel.

—Está muy bien empleado.

—Mejor lo estaria.

—No admite mejoría.

—En Vd. la tendria.

—Si pudiera quedarme con el clavel y la rosa juntos.

—¡Quién sabe! . . . .

¡Cayó en la red! . . . . como otros tantos que le habian precedido.

Yo me entregué á aquel amor con todo mi corazon. ¡Dios sabe como le queria! ¡Pero no pensé nunca que pudiese sufrir la pena del talion, y aquel me la hizo pasar! . . . ¡Dios mio, qué celos. . . . qué malos ratos! ¡Oh! ¡aquel me dejaba muy atras en coquetismo! . . . Ya llegó dia en que el demasiado amor, convertido en celos, en despecho, el amor propio, me hicieron conocer el papel tan indigno, tan ridiculo que yo hacia. . . . ¡y le queria! Pero no se puede sufrir á un tirano

que tanto engaña y tanto exige. Probé hacerme la resentida, la celosa, ¡se mereia! Quise devolverle celos, infidelidad por infidelidad, para traerle á buen camino, lloré y hasta supliqué, ¡en vano! ¡Se reia de mis cartas, segun me dijeron, y las enseñaba! Un dia estaba ya cansada de tanto sufrir, se me vino con muchos humos y ruidos, pudo en mimas el orgullo que todo, y le dije soltando una carcajada:

¿A mi me viene V. con amenazas, cuando tengo en la mano las calabazas?

Y así terminó mi último amor.

### VIII

Desde entónces he ido haciéndome cada vez menos exigente. Al principio, mi bello ideal era un jóven alto, rubio, buena figura, elegante, rico, hombre de talento, y tanto he cedido en mis exigencias, segun han pasado los años, que al presente [que aunque tengo cuarenta años, para nosotros sea dicho, hace tiempo que me planté en veinte y ocho,) al presente digo, mi bello ideal nada tiene de tal, y ojos cerrados, aunque fuera á un viejo, como me quisiera y me sacára de esta *crisis* perpétua, con mil amores le entregaria mi blanca mano, y eso que ya es menos blanca y mas arrugada que antaño.

Porque yo no me hago ilusiones. Aunque en la calle parezco algo, solo yo sé lo que hay de verdad, y la verdad es que llevo gastado casi todo mi dote en perfumeria, dientes mullidos y añadidos. Qué he de hacer, he dado tanto pelo, que mi her-

mosa cabellera esta repartida en trenzas entre todos los novios que he tenido! !Lo que es ahora, si no doy de los añadidos! . . . Y al mismo tiempo tengo ahí en un cajon cada mechon de pelos de todos colores y de todos los novios, que para nada me sirven, y con los que aun podria rellenar un par de almohadas . . .

¡Pobre de mí! . . . .

¡Que tiempos aquellos en que yo podia ser coqueta! ¡Las lágrimas asoman á mis ojos cada vez que recuerdo los nombres de tantos como desprecié, al ver ahora tantos como me desprecian! ¡Justo castigo!

¡No haber sabido conversar uno solo! ¿porque habré sido tan bonita? Por que me iré poniendo tan fea? ¡Que no pueda conservarse la hermosura!

¡Oh, que bien dijo una poétiza que yo conozco!

¡Oh Dios! Nacer mujer es triste cosa.  
desventurada suerte nos rodea;  
¡ay, infeliz de la que nace hermosa!  
¡ay infeliz de la que nace fea!

## IX.

Estas memorias que ahora publico, no las hubiera publicado hace algunos años; pero como voy perdiendo las esperanzas, voy haciéndome des- preocupada.

¡Se pasó la edad!

Por mi desgracia, no tengo mas que un hermano casado, con el vivo, y cada dia tengo una cues-

ton con mi buñada. Parentezco que empieze con cu. . . tómaló tú.

¡Cuántas veces en medio de este aislamiento, de ese vacío que se oprime mi corazón, en esa carencia de afectos á la edad que tanta falta hacen, he llorado mi frivolidad y mi lijereza! ¡Oh! si yo hubiera tenido una hija, ¡como me hubiera entregado á formarle un corazón puro, sencilló, sin afectación, sin doblez, sin fingimiento! ¡cómo hubiera enseñado á evitar esos pequeños caprichos tan caros se pagan!

Jóvenes, ¡si yo pudiera participaros la tortura en que yace mi corazón, los recuerdos que le oprimen, el martirio que es vivir sin interesar á nadie y despreciada de todo el mundo!

Ya que eso no sea, os diré que ameís, que ameís, una vez, pero miradlo bien antes; y cuando hayais hallado un corazón digno del vuestro, entregaos sin abandono á la mayor felicidad que pueda apetecer la mujer.

Llegad á alcanzar por un puro amor esa felicidad de dos corazones que se aman, que se disimulan, que se consuelan; procurad alcanzar esa vida de amor, de abnegación y de ternura; entrad en ella con el alma llena de amor, pureza y virtud, y dispuesta á perdonar á cada momento, y habreis conseguido lo que yo no pude y que tantas veces he envidiado.

¿Ese consejo, nacido de mi buen deseo y de mi experiencia, á mis jóvenes lectoras; ¿y á mis lectoras?

Que no tomen estas memorias como otros han tomado mis cartas, y que disculpen mi debilidad pa-

sada, para lo cual concluiré recordando un cantar popular, que viene aquí como de molde:

Me dicen coqueta.  
¡pues como ha de ser!  
si el hombre es veleta,  
¿Qué hará la mujer?

*Una solterona desengañada.*

---

## A LA MUERTE

En vano, cruda muerte,  
En mí tu saña apuras:  
Si están mis manos puras  
¿Qué mal podré temer?

La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurecer.

El présago sonido.  
Que exhalas de tu boca,  
Espante al que provoca  
La lid de maldicion.

Espante al que su patria  
Sujeta á vil coyunda,  
Y en crímenes se inunda  
De atroz recordacion.

Espante al que seduce  
La cándida belleza,  
Y en llanto é impureza  
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano  
Conduce en cautiverio,  
O lleva el adulterio  
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo.  
Las leyes á porfia,  
Si odié la tiranía  
Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano  
De Dios en cada hechura,  
Si en mí la desventura  
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sanguienta muerte,  
Tu saña me persigue?  
El que inocente vive  
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente  
Dió un día el alto cielo  
No esperes en el suelo  
Tirana oscurecer.

ADOLFO BERRO.

---

## EL PENSAMIENTO

---

Yo soy una flor oscura  
De fragancia y hermosura  
Despojada;  
Flor sin ningún atractivo  
Que solo un instante vivo  
Acongojada.

Nací bajo mala estrella,  
Pero me miró una bella  
Enamorada,  
Y me llamó pensamiento,  
Y fui desde aquel momento  
Flor preciada.

No descuello en los jardines  
Como los albos jazmines  
    O las rosas;  
Pero me buscan y admiran,  
Me contemplan y suspiran.  
    Las hermosas.

Si me mira algun ausente,  
Que de amor la pena siente,  
    Cobra vida;  
Y es feliz imaginando  
Que en él estará pensando  
    Su querida.

Yo soy grata mensajera,  
Que bajo forma hehlicera  
    Voy volando,  
A llevar nuevas de dicha  
Al que vive en la desdicha  
    Suspirando.

Simbolo del pensamiento,  
Del amor y el sentimiento,  
    Mi destino  
Es deleitar al que adora,  
Y consolar al que llora  
    Peregrino.

ESTEVAN ECHEVERRÍA.

---

## UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD

---

Solos, ayer, sentados en el lecho  
Do tu ternura coronó mi amor,  
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,  
Yo, circundando con abrazo estrecho  
Tu talle encantador;

Tranquila tú dormias, yo velaba.  
Llena de los perfumes del jardin,  
La fresca brisa por la reja entraba  
Y nuestra alcoba toda embalsamaba  
De rosa y de jazmin.

Por cima de los árboles tendia  
Su largo rayo horizontal el sol,  
Desde el lejano ocaso do se hundia:  
Inmenso, en torno dél resplandecia  
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella,  
Dispersas al acaso, aquí y allí,  
Asomaban con luz trémula y bella  
Hácia el oriente alguna ú otra estrella  
Sobre un fondo turquí.

Ningun rumor, ó voz ó movimiento,  
Turbaba aquella dulce soledad;  
Solo se oia susurrar el viento,  
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento  
Con plácida igualdad.

Oh! yo me estremeci! . . . Si de ventura  
Me estremeci, sintiendo en mi redor  
Aquella eterna fúljida natura;  
En mis brazos vencida tu hermosura!  
En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,  
O en las suyas me alzara un serafín,  
Mi alma rompió la corporal barrera,  
Y huyó contigo de una en otra esfera,  
Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo,—  
Para tí, para mí, para los dos,—  
Del tiempo y de la carne tras el velo  
Ese misterio que llamamos cielo;  
La eternidad de Dios!

Para fijar allí seguro y fuerte,  
Libre de todo mundanal vaiven,  
Libre de los engaños de la suerte,  
Libre de la inconstancia y de la muerte;  
De nuestro amor el bien!

Y en un rato de gloria, de improviso,  
Lo que mi alma buscaba hallar creí;  
Una secreta voz del paraíso  
Dentro de mí gritóme: “Dios lo quiso  
Sea tuya allá y aquí”

Y enajenado, ciego, de irante,  
'Tu blando cuerpo que el amor formó,  
Traje contra mi pecho palpitante. . . .  
Y en tu faz una lágrima quemante  
De mis ojos cayó!

Ay! despertaste. . . Sobre mi pusiste  
Tu mirada, feliz al despertar;  
Mas tu dulce sonrisa en ceño trisie  
Cambióse al punto que mis ojos viste  
Aguados relumbrar!

De entonces acá. . . Oh amante, idolatrada,  
Mas sobrado celosa! huyes de mí;  
Si á persuadirte voy no escuchas nada,  
O de sollozos clamas sofocada;  
“Soy suya y llora así!”

Oh! no, dulce mitad del alma mia!  
No injuries de tu amigo el corazon;  
Ay! ese corazon en la alegría  
Solo sabe llorar cual lloraria  
El de otro en la afliccion!

El mundo para mí de espinas lleno,  
Jamás me dió do reclinar la sien;  
Hoy de la dicha en el primer extremo,  
El lloro que vertí sobre tu seno  
Encerraba un Eden!

—Oh! la esposa que jóven y lozana  
Diez hijos á su esposo regaló,  
Y que despues viuda, enferma, anciana,  
A sus diez hijos en edad temprana  
Morir y enterrar vió:

Esa mujer que penas ha sufrido  
Cuantas puede sufrir una mujer;  
Esa madre infeliz que ha padecido  
Lo que tan solo la que madre ha sido  
Alcanza á comprender. . .

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados  
Llame á juicio la trompa de Jehová,  
Sus diez hijos al ver resucitados,  
Al volver á tenerlos abrazados. . . .  
Oh! de amor llorará.

Y de esa madre el dulce y tierno llanto  
A la diestra de Dios la hará subir,  
Y tal será su suavidad y encanto  
Que en su alta gloria al serafin mas santo  
De envidia hará jemir.

Mas ese llanto de amor materno,  
Vertido en la presencia del Señor,  
Al entrar de la vida al mundo eterno. . . .  
No, no será mas dulce ni mas tierno  
Que el llanto de mi amor.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

---

### **El hogar.**

Oh, dulces horas de mi contento.  
Quien os pudiera multiplicar,  
Si es un encanto cada momento  
Que se desliza bajo el hogar.

Otros adoren del mundo vano  
Las veleidades, la seduccion:  
Yo solo quiero ser soberano  
Del santo imperio del corazon.

Que otros se ajiten buscando el oro,  
O alucinando su vanidad:  
Yo vivo, avaro, con el tesoro  
De mis amores, mi libertad.

Ay! otro tiempo la transitoria  
Fortuna humana buscando fui,  
Acariciando sueños de gloria  
Que disiparse do quiera ví.

Tras el secreto de mi destino  
Tras de la sombra de mi ideal,  
Y hallando en medio de mi camino,  
Solo miserias, dudas y mal.

Por cada afecto logré un engaño,  
Hallé mudanzas, ingratitude;  
Y en rudas luchas, año por año  
Se fué perdiendo mi juventud.

Ay cuantas veces me sorprendiera  
Con sus dolores la realidad;  
Y al disiparse cada quimera,  
Fué mi refugio la soledad!

Mas, del naufragio todo el tesoro  
De mi esperanza pude salvar;  
Y hallé el secreto del bien que adoro  
Bajo el misterio del dulce hogar.

Si del paterno (donde, inocente,  
Mi santa madre me dió la fé)  
Arrebatado por la corriente  
Del mundo vário me separé.

Mas tarde llena de amor el alma,  
Por tí vencida, mi Soledad (1),  
Hallé á tu lado consuelo y calma,  
Y una suprema felicidad.

Tras el capricho falaz que embarga  
La independenciam de la razon,  
Gozó la vida menos amarga,  
Libre de azares—mi corazon.

Tras las borrascas de las pasiones  
La casta y noble paternidad;  
Y en vez de vanas agitaciones  
Los mil encantos de la amistad.

Oh! cuánta dicha vivir amando  
La digna madre, la esposa fiel:  
Los caros hijos acariciando  
Bella esperanza de la vejez!

Pasa la noche: tranquilo sueño  
De las vijilias nos alivió,  
Y con el rayo de luz risueño  
Un nuevo día nos alumbró.

Porque hasta el lecho llegan, saltando,  
Mis querubines cantando amor  
Que en sus sonrisas miro asomando  
De un paraiso todo el albor.

Cuanto es mi gozo si *Carolina*  
Con mis cabellos jugando está,  
Mientras *Bertilda* (la mas "ladina")  
Me dice alegre *bon jour papá*.

(1) La esposa del autor se llama Soledad.

Cuando mi madre con melodía  
Le arranca al piano con majestad,  
Y al éco dulce de la armonía  
“Te amo!” me dice mi Soledad.....

Cuánto deleite si mis chiquillas  
Con inocente satisfaccion  
Trepan ligeras eual dos ardillas,  
Sobre mis hombros, en el salon.

La una me pide que “cante el gallo,”  
Que al gato imite ú otro animal  
La otra en mi nuca grita: “caballo!  
Upa!”—y se agarra como si tal.

Y en mi melena fabrica un nido,  
Do la muñeca pone á dormir;  
Y bajo el cuello me deja undido  
Cuanto juguete puede reunir.

Gritan y saltan las picarillas  
Con inocente felicidad:  
Mientras la una me hace cosquillas  
La otra mil muecas, con vanidad.

Me suelta el lazo de la corbata  
Me engarza un palo de algun ojal!  
Y en el bolsillo gozosa, me ata  
Un par de cóffas y un delantal.

Y triunfadora corre mostrando  
La maravilla que fabricó,  
Y vá á escon lerse cuchicheando,  
Tras el pañuelo que me robó.

Si de la calle rendido llego,  
La paz buscando bajo el hogar,  
Cual mariposas me buscan luego  
Las picaruelas, sin vacilar.

Me dan asalto, y á los envites  
Que á mis bolsillos haciendo están  
Los caramelos y los confites  
A manotadas saliendo ván.

Y es tal mi gozo cuando las miro  
Entre mis brazos llenó de amor,  
Que de ventura casi deliro,  
Y olvido el mundo fascinador.

Y á Dios bendigo por mi bonanza,  
Libre, tranquilo, sin ambicion;  
Y en lo infinito de la esperanza  
Sueña embriagadó mi corazon.

Oh, dulces horas de mi contento,  
Quien os pudiera multiplicar,  
Si es un encanto cada momento  
Que se desliza bajo mi hoga.

JOSÉ M. SAMPER.

---

## HOJAS SECAS

---

Quien pensará jamás, Teresa mia,  
Que fuera eterno un manantial de llanto  
Tanto inocente amor, tanta alegría?

*(Espronceda)*

—Con mi rival anoche te he encontrado  
En plática animada y no muy corta:  
Una que otra palabra os he escuchado;  
¿De qué hablabas con él?—Poco te importa.

—Misteriosa estás hoy, amiga mia,  
—Tambien tiene tu acento algo de estraño,  
—Es que lo oyes sonar en tu falsia  
Con el eco glacial del desengaño.

—Sin embargo tu rostro está sereno  
Y como antes conmigo no te irritas;  
¿Porqué ha sido este cambio? Es que en mi seno  
Las flores del amor yá están marchitas.

—Poco tiempo duraron ¡pobres flores!  
Y guardarlas por siempre me juraste.  
—Es que cuando llegaron los calores,  
Cual lo debiste hacer, no las regaste.

Tuya la culpa fué; como un tesoro  
Yo guardé la riqueza de su aroma,  
Sin pensar nunca que su cáliz de oro  
Pudiese corromperlo la carcoma.

Dentro de mi alma virjinal nacidas,  
Al fuego de tu amor ellas brotaron,  
Luego fueron, del viento, sacudidas,  
Faltóles el rocío y se secaron.

—Muy triste de esas flores es la historia.  
—Tienes razon, muy triste; pero apénas  
Queda un vago recuerdo en mi memoria,  
Que no me causa ni placer ni penas.

—Cuéntame esos secretos de tu pecho  
Te oiré con atencion, con mucha calma.  
—Aunque ocultarme quieras tu despecho,  
Yo estoy leyendo lo que pasa en tu alma.

Bajo ese acento frio, indiferente  
Hierva la fibra del orgullo herido.  
—No eres con tu pasado consecuente.  
—Es porque ese pasado tú has destruido.

—¿Quieres decirme cómo?— Bien, escucha:  
Cuando las dudas en mi alma entraron  
Yo sostuve con ellas larga lucha,  
Pero al cabo mis fuerzas se agotaron.

Hubo un tiempo ¿te acuerdas? yo te amaba  
Con la loca efusion de mis veinte años  
Y en secreto mi amor alimentaba  
Por el temor de amargo desengaños.

Y tú tambien, feliz en tu inocencia,  
Guardabas en tu jóven fantasia,  
De amor, la pura y celestial esencia  
Para zahumar con ella el alma mia.

Entonces nuestras almas confundimos,  
Nuestras penas y gozos nos contamos,  
Abrirse hermoso el porvenir sentimos  
Y un cielo de ventura ambos soñamos.

Si, yo soñaba; y en mis sueños de oro  
Venir un ángel hácia mi veía  
Trayéndome en sus brazos un tesoro  
De entusiasmo, de amor y de alegría.

Ese ángel eras tú; tierna sonriendo  
Me mirabas cayando enamorada;  
Y tu espíritu al mio comprendiendo  
Nos hablamos de amor con la mirada.

A nuestra vista el mundo se estendia  
Como un lindo y florido panorama,  
Y todo de esplendor se revestia  
El anjélico ardor de nuestra llama.

Me prometió ese amor goces eternos;  
En sus efluvios perfumé mi vida,  
Y el altar hize de mis himnos tiernos  
La imájen ¡ay! de la mujer querida.

Tú eres muy niña aun; pero decias  
Que el amor no distingue las edades,  
Y amarme eternamente prometias,  
Exento el corazon de liviandades.

Luego entrastes al mundo; un paraiso  
De encantos á tu vista se ofreció,  
Y el mundo te sedujo con tu hechizo  
Y su falso esplendor te deslumbró.

Te rodearon solícitos galanes,  
Fuiste el idolo tú de los salones,  
Premiaste con sonrisas sus afanes  
Y obtuviste conquistas á montones.

Por donde quieras oías un murmullo  
En el vasto salen donde paseabas,  
Y á imaginar llegaste en tu orgullo  
Que encendias de amor á quien mirabas.

En medio de esa luz que te ha ofuscado,  
Yo creyendo en tu amor me envanecí;  
Pero tú al verme pobre y humillado  
Dijiste: “eso es muy poco para mí.”

Y entonces mi recuerdo tú quisiste  
Apagar en tu pecho y olvidarme;  
Ufana con tus triunfos, te creiste  
Avergonzada, en tu ambicion, de amarme.

Poco á poco asi fueron espirando  
Nuestras puras ardientes, impresiones,  
Y así tambien se fueron disipando  
Una á una mis dulces ilusiones.

Yo feliz con mi amor ¡necio! deseaba.  
Amarte siempre y devorar mi pena;  
Mas, roto el eslabon que la estrechaba  
No pudo sujetarse la cadena.

Y allá en el horizonte se apagaron •  
Los astros de alegría y de bonanza,  
Y con la luz postrera que arrojaron  
Ví consumirse mi última esperanza.

Miré mi corazón á lo mas hondo  
Y lo ví con horror hacerse trizas;  
Quise mirar aun. . . y ví en el fondo  
Solo un monton de escombros y cenizas.

Yo amaba un ángel de celeste hechizo,  
Dechado de bondad y de pureza;  
Pero el altar del ángel se deshizo  
Y se manchó en el mundo su belleza,

De entre las ruinas con dolor profundo,  
Vi alzarse la mujer frívola y vana,  
La que busca sus goces en el mundo,  
La que con seda y joyas se engalana.

Yo amaba en ella la inocencia pura,  
El candor de su pecho jeneroso,  
Perque eran las virtudes su hermosura  
Y era el pudor su adorno mas precioso.

Mas todo era ¡hay! mentira; el sueño santo  
Dejó un vacio pavoroso y triste;  
El ángel bello de celeste encanto.  
Ya en este mundo para mi no existe.

—¿No me amas, pues? Ya no, talvez pudiera  
De nuevo revivir, tan puro fuego;  
Mas para hacerlo arder preciso fuera  
De fervorosas lágrimas un riego.

Así aun es difícil: esos bienes  
No alcanza á redimirlos el perdon,  
Y luego, tu reserva y tus desdenes  
Helaron ya mi jóven corazón. . .

Es bien triste adornar una corona  
Con hojas arrancada de otra frente  
Y ver que una ilusion se desmorona  
Y al mirarla caer nadie la siente.

Y mirar esparciadas las espinas  
Donde hubo flores de esperanza y gloria,  
Y ver iluminando pobres ruinas  
El pálido fulgor de una memoria.

Es como al despertar de un sueño de ángel  
En que tocamos un placer divino,  
En vez de la sonrisa de un arcángel  
Encontrar el puñal de un asesino.

Pero de esto no hablemos, escondamos  
Nuestro amor en las sombras del olvido.  
¿Para qué recordar que nos amamos  
Si todo, como un sueño, se ha perdido?

Goza tú en tanto que el dolor sombrío  
No viene tus ensueños á turbar;  
Luego vendrán las horas del hastío  
Y acaso tengas mucho que llorar.

Vendrán las horas de fastidio y calma  
Y entonces, al recordar tu vida inquieta,  
Nadie querrá comunicar su alma  
Con el alma glacial de una coqueta.

Cuando quieras volver á tu pasado,  
Cansada de engañar y de mentir,  
Encontrarás tu corazon helado  
Incapaz ya de amar y de sentir.

Y verás que esas glorias que obtuvistes  
Son mariposas que en el aire juegan,  
Y deján, al pasar, memorias tristes  
Que en eterna aridez el alma anegan.

Y verás que es el mundo un cruel desierto  
Y un oasis magnífico el amor,  
Y nada sentirá tu pecho yerto  
Sinó un vacío de fatal dolor.

Ya no, en las fiestas hallarás, placeres,  
En todas partes hallarás afán;  
Verás reír de amor otras mujeres  
Y de envidias tus ojos llorarán.

Y entonces tendrás sed de sentimientos,  
Querrá fuego beber tu lábio frío,  
Mas tu pecho roído de tormentos  
Siempre insensible, lo hallarás vacío,

¡Qué triste porvenir te has preparado!  
Pobre mujer, te tengo compasión:  
Después te pesará de haber pagado  
Con tanta ingratitud tanta pasión.

—¡Ah! basta por piedad! de tus amores  
Respetá al menos el recuerdo santo;  
Yo regaré en silencio aquellas flores  
Con el rocío amargo de mi llanto.

¿Por qué, cruel, mis ilusiones ajas,  
Por qué insultas ahora mi pasado?  
¿Quién sabe sí en esta alma que hoy ultrajas  
Aquel antiguo ardor no se ha apagado?

—No mientas, que es muy fea la mentira  
En una boca que se cree inocente;  
No hagas cambiarse en despreciable ira  
La compasion de un pecho indiferente.

¡Ah tú lloras! por qué? Tú lo quisiste,  
Tú llenaste mi vida de amargura;  
No llores más, porque ese llanto triste  
Puede empañar tu cándida hermosura.

—Tú me aborreces ya—No te aborrezco;  
Ya ni rencor ni amor caben en mí;  
Mis delicias pasadas te agradezco  
Y la ventura que gozé por tí.

No seré yo jamás quien te maldiga  
Aunque tú me rompiste el corazon;  
Fuiste en un tiempo mi mas dulce amiga.  
Fuiste mi ángel de paz y bendicion.

Y como ese recuerdo es tan querido,  
Acaso nunca lo podré borrar,  
Nunca, mas siempre vivirá escondido  
En un oculto y solitario altar.

Y tú, si puedes olvidar, olvida;  
Que el olvido es un bien al alma ingrata  
Cuando se siente la conciencia herida  
Por un recuerdo que devora y mata.

¡Todo pasó! yo olvido mis agravios,  
Yo no sé odiar, ni te odiaré jamás. . . .  
Hoy solo tienen para ti mis lábios  
Una palabra de perdon, no más.

¡Adios! Adios! Ya todo se ha acabado,  
Dejemos el placer que hemos perdido,  
En la lóbrega tumba del pasado,  
Cubierto con la losa del olvido!

Octubre de 1862.

LUIS RODRIGUEZ VELAZCO.

---

## UNA VOZ

---

Yo conozco esa voz: á su sonido  
Todo mi ser se estremeció temblando.  
Héla sonar cual bélico alarido  
A los cielos mi muerte demandando.

Conozco yo esa voz: un tiempo ufana  
La señal dió de paz y de alegría,  
Hoy retumba cual fúnebre campana  
Que al alta noche anuncia la agonía,

La oyó mi corazón la voz primera  
Y entre amores y púrpura sonaba,  
Fué el céfiro vital de primavera,  
Y amor, amor, su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba obscura:  
Nube la sigue de terror secreto:  
Aun pronuncia aquel nombre de ternura  
Pero es quien lo pronuncia un esqueleto.

Agigantado, aéreo, luminoso  
Véole alzar la vengadora frente:  
Lánzame ese gemido doloroso,  
Y se hunde entre las sombras de repente.

Do quier que vuelvo mi aterrada planta,  
Allá me sigue, inseparable sombra,  
A cada paso airada se levanta  
Mi nombre dice, y otro ser me nombra.

Oígo la entre la espuma del torrente;  
Oígo la en el bramar del torbellino,  
En el sordo murmullo de la fuente,  
En el tronar del piélago marino.

Ya como aterrador remordimiento  
Un sueño torna en convulsion inquieta:  
Ya despierto á su estrépito violento  
Cual si escuchára la final trompeta.

Ya del placer el desmayado instante  
Con bárbara ficcion remedar quiere;  
Ya en resuello profundo, agonizante,  
Imita las congojas de quien muere. . . .

De quien murió, ¡Gran Dios! d' quien me llama!  
De quien me emplaza á su desierto asilo.  
Del ser terrible que mi ser reclama  
Que ni en la tumba me miró tranquilo. . . .

Obedécote ya, voz misteriosa:  
Héme sumiso á ti como en la vida,  
Héme postrado ante la yerta loza,  
Ve tu incensante petición cumplida.

A pasar van, cual tu vivir amargo,  
Los lentos dias que me ha dado el Cielo,  
Y será mas profundo mi letargo. . . .  
Que mi tumba tambien será de hielo.

De tí quedó un recuerdo de hermosura,  
De tí la sombra que implacable miro:  
De tí esa voz de muerte y de ternura,  
Ese que vaga, universal suspiro.

De mi existencia obscura, solitaria,  
No quedará ni voz ni sombra leve,  
No habrá en mi loza funeral plegaria  
Nadie que un ¡ay! sobre mis restos lleve.

A nadie llamaré, ni quien se asombre  
Habrá en el mundo á mi nocturno acento.  
Ni como el tuyo, mi olvidado nombre  
Eco será jamas de un pensamiento.

*Nicomedes Pastor Diaz*

---

## UN FUMADOR

Que falte el licor de Baco,  
El buen pan, la rica torta,  
El gran jamon. . . ¿qué me importa  
Si en mi petaca hay tabaco?

Tal murria una vez me entró  
Que quise matarme ciego:  
Saqué un habano, eché fuego,  
Fumé. . . la murria acabó.

El que tiene á su mujer  
Mas amor que á su cigarro,  
Es un solemne zamorro,  
A mi modo de entender.

¿Flores en la boca? ¡Ay Clara!  
Quitate ese tapaboca:  
¿Donde hay flor para la boca  
Como un cigarro de á vara?

Lo que cierto mediquillo  
No puede hacer con mi mal;  
Lo hizo ayer con mucha sal  
¡Oh que pasmo! un cigarrillo.

Segun pienso y congeturo,  
El cigarro es como el vino:  
¿Quereis usarlo con tino?  
Pues firme cigarro. . . y puro!

¡Un real para almorzar!!!  
Y tengo un hambre cruel.—  
Ea! al estanco con él,  
Que lo primero es fumar.

*Miguel A. Principe.*

---

# DESENCANTO

IMITACION DEL ALEMAN.

Por G. B. G.

Al alcázar llamé de la riqueza  
Con esperanza vana;  
Me arrojaron mirando mi pobreza  
Solo un maravedi por la ventana.

A la puerta clamé de los honores,  
¡Inútiles afanes!  
Allí entraban tan solo los señores  
En nobles y soberbios alazanes.

Llamé al palacio del amor y oyéndome  
Abrió y cerró al instante;  
Una mujer impúdica, diciéndome:  
Hay sobrada pureza en tu semblante.

La santa libertad amar me hicieron  
Su puerta á nadie cierra  
Dije: y todos mirándome se rieron,  
¿Acaso no estará sobre la tierra?

Mas conozco una choza dó el misterio  
Reina, aunque se halla abierta;  
Pues para todos se abre el cementerio. . . .  
Y yo bien pronto llamaré á su puerta.

## INDECISION



¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes, y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando al día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.

Y en medio de la noche magestuosa  
Esa luna de plata, esas estrellas,  
Lámparas de la tierra perezosa,  
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se vé en el horizonte  
Asomar el crepúsculo que nace;  
Y la neblina que corona el monte  
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenso tapiz del firmamento  
Cambia su azul en franjas de colores;  
Y susurra las hojas en el viento,  
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....  
.....  
.....  
.....

Y la noche las orlas de su manto  
Arrastra fugitiva en occidente,  
Y la tierra despierta al fuego santo  
Que reverbera el Sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria.  
El recuerdo bullir de lo pasado,  
Camina cada ser con una historia:  
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama,  
Si hay un invierno de humedad vestido,  
Hay una hoguera á cuya roja llama  
Se alza un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,  
Con su manto de luz y orla de flores,  
Que cubre de verdór la ancha pradera  
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
Y desierto sin fin en la llanura,  
En cuya estensa y abrasada alfombra  
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
Como sombras sin luz y apariciones,  
Pardos y corpulentos elefantes,  
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca.  
Duerme el tigre feróz harto y tranquilo,  
Y de una cueva en la entreabierta boca,  
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes, y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando al día  
Aire de aromas, flores apiñadas . . . .

Arranca, arranca, Dios mio,  
De la mente del Poeta  
Este pensamiento impio  
Que en un delirio creó

Sin un instante de calma,  
En su olvido y amargura,  
No puede soñar su alma  
Placeres que no gozó.

¡Ay del Poeta! su llanto.  
Fué la inspiración sublime  
Con que arrebató su canto  
Hasta los cielos tal vez;  
Solitaria flor que el viento  
Con impuro soplo azota,  
El arrastra su tormento  
Escrito sobre la téz.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste  
Cuanto los hombres adoran;  
Tú en el mundo le arrojaste  
Para que muriera en él;  
Tú le dijistes que el hombre  
Era en la tierra su *hermano*;  
Mas él no encuentra ese nombre  
En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera  
Para el viaje de la vida  
Una hermosa compañera  
Con quien partir su dolor;  
Mas ¡ay! que la busca en vano;  
Porque para el ser que ama  
Como un inmundo gusano  
Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,  
Y el amor en las mujeres,  
Y el placer en los amores,  
Y la calma en el placer:  
Y sin esperanza adora  
Una belleza escondida,  
Y hoy en sus cantares llora  
Lo que alegre cantó ayer.

El, con los siglos rodando  
Canta su afán á los siglos,  
Y los siglos ván pasando  
Sin curarse de su afán  
¡Maldilo el nombre de gloria  
Que en tu cólera le diste . . . . !  
Sentados en su memoria  
Recuerdos de hierro están.

El dia alumbra su pena,  
La noche alarga su duelo,  
La aurora escribe en el cielo  
Su sentencia de vivir;  
Fábulas son los placeres,  
No hay placeres en su alma,  
No hay amor en las mugeres,  
Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema :  
Hay flores que se marchitan,  
Hay recuerdos que se agitan,  
Fantasmas de maldicion.  
Sí tiene una voz que canta,  
Al arrancarla del pecho  
Deja fuego en la garganta,  
Vacío en el corazon.

!Bello es vivir! Sobre gigante roca  
Se mira el mundo á nuestros pies tendido  
La frente altiva con las nubes toca . . . .  
Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado.  
En los bordes se duerme de la vida,  
Y de locura y sueños embriagado  
En un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos :  
El tiempo entre sus pliegues roedores  
Ha de llevar el bien que no gocemos,  
Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,  
Hasta que el son de la fatal campana  
Toque á morir. — Cantemos decuidados,  
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

*José Zorrilla.*



## RECUERDOS DE UN MUERTO

### I

Nunca he intentado explicar lo que siento ante un monton de ruinas, porque es tan vago, tan misterioso, tan profundo, el sentimiento que me inspiran, no ya solo las de una ciudad ó un monumento célebre, sino hasta las de una humilde cabaña, que en vano trataria de explicar este sentimiento.

Ayer pasé por una pobre aldea y nada llamó mi atencion en ella, porque realmente nada habia allí que saliese de la esfera comun: edificios, historia, costumbres, inclinaciones, naturaleza, todo me pareció vulgar y en realidad lo era; pero hoy vuelvo à pasar por aquel sitio, y al ver allí un monton de solitarias ruinas, me detengo à contemplarlas con el corazon triste y ajitado por un sentimiento indefinible.

Yo no sé si el sentimiento que à mí me inspiran las ruinas es de la curiosidad ó el dolor; pero si sé que es triste y llena de la vaga melancolia que siente el alma cuando al tocar el sol en el ocaso contemplamos el último rayo que dora la cúspide de la montaña.

Una pobre mujer de esas que à fuerza de sentir mucho saben espresar algo, esclama en uno de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA:

—“¡Ah! Señor, que triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi hijo y yo, junto á esa aceña arruinada que hay á la orilla del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aun ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aun se conserva allí frio y solitario, aquellas letras hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aun se ven en la pared, y aquellos clavos que aun permanecen junto á la ventana.

—Quizá estas palabras puedan servir de clave para descifrar el enigma del sentimiento que las ruinas inspiran: todo lo lejano es hermoso y triste y por eso son hermosos y tristes los recuerdos.

¿Qué son sino recuerdos las ruinas?

## II

Lo que voy á contar no es cuento, pero es verdad, que es mucho mejor.

Un dia examinábamos un amigo mio y yo un mapa de Castilla la Nueva, trazado en el siglo anterior.

—¿Qué tal es este pueblo? pregunté indicando con el dedo el nombre de Sacedon de Canales, que aparecia en la orilla, occidental del rio Guadarrama.

—Ese, me contestó mi amigo, cuéntale entre los muertos.

Por complacer á quien este encargo me hizo, voy á contar como murió el pobre Sacedon, y como lloré sobre sus olvidados restos.

A cuatro leguas de Madrid hubo una villa de trescientos vecinos que llevaba el nombre de Sacedon de Canales.

Estaba situada á trescientos pasos del rio Guadarrama, en un vallecito que desemboca en el rio, cuya corriente tropieza allí con un cerro, y tiene que dar una penosa vuelta.

Los vecinos de Sacedon tenian por costumbre inmemorial prestar su auxilio al rio para que pudiese continuar su camino, y el rio les mostraba su agradecimiento, absteniéndose de invadir las hermosas huertas que los de Sacedon ostentaban á su márjen, y no consintiendo que subiese à la villa ninguna de las tercianas que llevaba consigo para castigar à los pueblos desidiosos mal intencionados que le negasen auxilio ó le pusiesen obstáculos para caminar.

A principios del presente siglo, los vecinos de Sacedon probaron la fruta del árbol de la ciencia, es decir, supieron que el rio llevaba un nombre arábigo, y determinaron negar su auxilio al infiel sin considerar que la caridad no tiene limites.

El Guadarrama hizo titánicos esfuerzos para salvar los mares de arena que se oponian á su paso, y con furiosos bramidos llamó en su auxilio à los moradores de la villa pero estos no se dignaron bajar à auxiliarle. Entónces el rio ignorado, acampó en las floridas huertas de la vega, talándolas sin misericordia, y soltó el enjambre de tercianas que llevaba consigo, y que subiendo por el vallecito arriba invadieron la orrilla y se cebaron horriblemente en los moradores.

Hàcia 1817, Sacedon de Canales empezó à figurar como *despoblado* en la estadística territorial de España, y su archivo municipal yacia incorporado al de la Villaviciosa de Odon, sin que hubiese nadie que por curiosidad ó por

intereses se acercase à hojear aquellos protocolos en que durante muchos años se habia ido reflejando la vida de un pueblo rico, alegre y dichoso.

En 1848 dirijiàme à Villaviciosa con objeto de hacer algunas investigaciones en el archivo de aquella villa, y al salir de Madrid supe que el último alcalde de Sacedon de Canales ganaba miserablemente la vida en una chocita, en la que vendia fósforos y otros objetos, en el puente de Segovia donde en efecto me encontrè con un anciano, cuyos ojos se arrasaron de làgrimas apénas pronuncié el nombre de Sacedon.

—¡El último que abandonó à Sacedon fui yo! me dijo con la profunda pena del desterrado que tiene la certidumbre de que nunca ha de tornar à la patria.

—¿Y no ha vuelto vd. nunca por allà.

—¡Nunca!

—¿Por qué?

—Porque al llegar allí me moriria de pena; y allí no existe ya aquel campo santo adornado de cipreces y rosales donde descansaban mis padres, mi esposa, mis hijos, mis hermanos y mis amigos.

Comprendi el dolor del anciano y continué tristemente mi camino, que yo era tambien desterrado y veia à lo léjos un campo-santo donde duermen el sueño eterno muchos seres queridos, y donde tal vez no me serà dado dormirle!

### III

—¿Dónde està Sacedon de Canales? pregunté al mayoral de la delijencia al llegar à las alturas que dominan à Villaviciosa.

—Vé vd. allà, al otro lado del valle una cañada cubierta de árboles que baja hasta el río? me preguntó el mayoral señalando hàcia el poniente.

—Sí.

—Pues aquella es la barranca del Muerto.

¿Pero dónde està Sacedon?

—Estaba en aquella barranca.

—¿Y no queda ya nada del pueblo?

—Haga vd. cuenta que nada.

—Me parece que à la derecha de los árboles se distingue un edificio.

—Es la torre de la iglesia, que es lo único que queda del pueblo.

—¿Y por qué llaman al sitio donde estuvo el pueblo la barranca del Muerto?

—A la cuenta será porque ha muerto el pueblo.

Sonreime de la lójica del mayoral, aún que à la verdad ménos sólida la usan muchos etimolojistas que blasonan de padres maestros y aquel dia no volví á acordarme de Sacedon de Canales.

Al siguiente me fui al archivo municipal y al ver en el rincon mas oscuro cubierto de polvo y telarañas completamente olvidados los legajos pertenecientes al de Sacedon yo no sé que misterioso sentimiento se apoderó de mí: me parecia que el espíritu de la villa desolada habia sobrevivido à la materia, que desde aquellos papeles que le servian à la par de çàrcel, de refujio, pedia misericordia.

Ocho dias pasé examinando los protocolos de Sacedon, familiarizàndome con el nombre de sus moradores, con sus plazas, con su calles, con sus campos, con sus discordias, con sus calamidades, con sus amores, con sus fiestas,

con su vida, en fin de tal modo, que al cabo de aquel tiempo me parecia haber vivido en Sacedon y conocerle come el anciano que no podia pronunciar su nombre sin llorar.

Una tarde tomé el camino del Guadarrama. Aquel camino empezó á despertar en mí el sentimiento indefinible que despiertan las ruinas, porque la yerba y la zarza brotaban en él, y la que tenia evidente traza de haber sido carretera muy frecuentada, era ya una senda estrecha y solitaria.

Aquel camino conducia en otro tiempo à la orilla del Sacedon de Canales y ya solo conducia à la barranca del Muerto.

Un recuerdo de mi niñez acudió entónces à mi memoria.

Habia en mi aldea dos caceríos separados por un verde prado y en ellos vivian dos jóvenes amantes. A fuerza de visitarse mutuamente fueron señalando en el prado una senda que se distinguia perfectamente desde léjos. El joven murió, y quince dias despues la senda habia desaparecido porque la yerba habia vuelto á brotar en ella.

Tal fué el recuerdo que acudió à mi memoria al recorrer el camino por donde en otro tiempo se visitaban mutuamente Sacedon de Canales y Villaviciosa de Odon.

#### IV

La tarde estaba triste como la idea y el sentimiento que las ruinas inspiran.

Llegué à la orilla del Guadarrama y en la márjen opuesta allí donde en otro tiempo se entendian fructíferas

húertas y arboledas, solo encontré inútiles juncales y ponzoñosas lagunas.

El rio rujia colérico, como si su venganza no estuviera aun satisfecha con la desalecion à que habia condenado à la vega que en otro tiempo fecundaba.

Y sin querer detenerme mas en aquella triste soledad, tomé vallecito arriba.

Apenas habia dado trescientos pasos, alcé la vista y miré en mi derredor, buscando la villa en que yo habia vivido con el pensamiento por espacio de ocho dias y el corazon se me oprimió de tristeza al ver la soledad que reinaba allí donde la vida y la alegria reinaron en otro tiempo.

¡Ay! era un inmenso hogar, desierto, frio, desamparado, el que mis ojos contemplaban.

A mi derecha, una heredad donde el trigo brotaba dificilmente entre escombros, y en medio de la heredad un campanario sin cruz y sin campanas, inútil para la tierra y el cielo, como un corazon sin amor y sin fé

A la izquierda, intrincando zarzales entre los que se descubrian algunos àlamos agoviados por los recuerdos de las alegres fiestas y los dulces amores que protejian con su sombra!

A mi derecha, los gritos de las urracas y à mi izquierda el sordo murmullo de un arroyo, me parecian la quejumbrosa voz de aquellos muertos, cuya última morada habia ido à surcar y à profanar el arado del labrador.

Haces bien, exclamé, haces bien, pobre anciano del puente de Segovia, en no tornar à estas soledades, que estas soledades irritan:—¡Oh, vosotros los que por aquí pasais contemplad y ved si hay un dolor como el nuestro!!”

Sobre las santas ruinas del templo doblé la rodilla, y recé y lloré.

Para que he de decir lo que entónces sentí, si los que no tienen corazon no lo han de comprender y los que le tienen lo comprenden sin decirlo!

Luego me interné en los zarzales de la izquierda donde el arroyo murmuraba tristemente en la barranca del Muerto! que en mucho de los procesos conservados en el archivo municipal de Villaviciosa habia yo leído pasajes como este:—Estrosi dijo que la querella acaeció en la alameda allende el arroyo do es la fuentecita de la villa, y do se ayuntan los mozos y las mozas las tardes para se solazar.....“y deseaba refrijerar mis labios en la fuentecilla y sentarme al pié de los álamos donde solazaban las tardes dedisanto los mozos y las mozas.

¡Solo encontré una charca cenagosa y esparcidos en sus cercanias algunos troncos de álamos podridos!

Y entonces, fatigado de emocion, incliné la vista al suelo y levanté el corazon à Dios, pensando cuan triste seria la tierra si tras lo pesado de ella no tuviese lo eterno del cielo, y descendí tristemente por la barranca del Muerto.

ANTONIO DE TRUEBA.

---

## OROS SON TRIUNFOS

### I.

- Vas á la fuente?  
—A la fuente.
- Tan solita?  
—Tan solita.
- Quieres que yo te acompañe?  
—No he menester compañía
- Ven y sentémonos juntos  
debajo de esas encinas.
- ¡Y que nos viera mi novio!  
—¿Con que tienes novio, niña?
- Es el pastor mas gallardo  
de toda esta serranía.
- Pues no merece un pastor  
Una zagala tan linda.
- Y porqué no la merece?  
—Porque es notoria injusticia  
Junto á un espinoso cardo  
poner una clavellina.
- Yo nací para ser pobre.  
—Porqué no querrás ser rica.
- Si en el querer consistiera. . . .
- Ay Dios, qué bien sentaria  
en esos dedos pulidos  
una pulida sortija!
- Pero como la tengo. . . .
- ¿Quieres probarte la mia?  
—Por probar nada se pierde.
- Mira, te viene justita.  
Guárdala, hermosa zagala,  
que tengo en mi joyeria

mas de doscientas y todas  
cuajadas de piedras finas.  
—Amable es el caballero!  
Encantadora es la niña!  
Te acompañaré á la fuente.  
—Me agrada la compañía.—  
Y zagala y caballero  
se pierden al fin de vista  
caminito de la fuente;  
entre castaños y encinas,  
y un pastor que los ha visto  
canta muy triste allá arriba,  
*El que fuere solo y pobre  
no busque la mujer linda,  
porque en medio de sus gustos  
viene el rico y se la quita!*

## II.

Aquella hermosa zagala  
que yendo á la fuente un dia  
puso en sus dedos palidos  
una pulida sortija,  
baja con frecuencia al valle  
y vuelve á la serranía  
como una azucena pálida,  
como una rosa marchita.  
Las sortijas de sus dedos  
dicen que se multiplican;  
pero eran mucho mejores  
las rosas de sus mejillas.  
Mas ayer tornó del valle  
sin una nueva sortija,  
con el cabello en desórden,  
llorando á lágrima viva.  
¡Ay quiera Dios que hoy llorando

no torne á la serranía,  
que ni compasion encuentra  
en los que su llanto miran,  
que hasta las otras zagalas  
su conversacion esquivan!  
Ya da la vuelta del valle;  
pero sus dedos no brillan  
y viene como ayer tarde  
llorosa y descolorida!  
A la vera del camino,  
sentado al pié de una encina,  
está un pastor abismado  
en honda melancolia,  
y la afligida zagala  
hácia el pastor se encamina.  
—“Compadécete,  
de una mujer desvalida  
y las lágrimas que vier to  
de desagravio te sirvan!”  
Pero el pastor se levanta  
y temeroso de oirla,  
gana con ligero paso  
la cumbre de una eolina  
y canta allí con acento  
lleno de melancolia:  
*El que fuere solo y pobre  
no busque la mujer linda,  
porque en medio de sus gustos  
viene el rico y se la quita.*

---

## SONETO

A LOS TREINTA AÑOS,

¡Hé aquí el instante ¡adios! ay! os despido  
Belleza, amor, locura, poesía!  
Llegó por fin el importuno día,  
Mitad de mi jornada hácia el olvido!  
La juventud con su esplendente ruido  
Me dió hasta aquí valor y compañía,  
Solo de hoy mas escucharé en mí vía,  
De la razon el áspero sonido!—

¿Adonde voy? Mi corazon ya no ama!  
¿Su amor dará á mi espíritu la ciencia? . . .  
Sino ahí está el fastidio que me llama,  
A tejer con estúpida paciencia  
Los sucios hilos de la negra trama .  
Que en su viudez enluta á la esperiencia!

---

### El último pensamiento de Napoleon.

“No pasarás de aquí. ¿Nadie en el mundo  
“Se puso valla? el pié donde yo asiento  
“Y . . . no pasas de aquí. Mi ronco acento  
“Acalla tu rugido furibundo.  
“Atrás! atrás! ¿eso basta que iracundo  
“Yo te lo mandé! que quien soy me siento?  
—“Quiero otra vez henchir el pensamiento,  
“*La frente en Dios; la planta en el profundo.*”

Así, como leon en calentura,  
Orillas de la mas alboratada,  
Gritó Napoleon en Santa Elena  
El dique de su indómita brabura  
Quiso oponer al mar, y una oleada  
Cadáver le arrojó sobre la arena.

## BALADA.

MUCHO Y POCO.

*La gitana.*

Estudiante de mis ojos,  
el que lo tiene de fuego;  
alarga la mano luego,  
de Egipto vengo por tí.  
Aunque de mis secos lábios  
vigas la buena ventura,  
corri toda Estremadura,  
ambas castillas corri.  
Niña, salí de mi tierra  
á buscarte.  
Ya mi cabeza está blanca;  
pero al fin en Salamanca  
logro hallarte.

*Hernan.*

La magia para mi es  
gran locura.  
Solo el verte cual te ves  
tu pretension asegura.  
Habla pues,  
pero dí la verdad pura:  
no pone susto en Cortés  
ventura ni desventura.

*La gitana.*

Qué rayita! que rayita!  
—Atravesarás los mares  
con arreos militares  
y con soldados en pos.  
—¿Te contentas, niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco,

*Los estudiantes.*

¡Bien por Dios!

*La gitana.*

Para mundo de tu gloria,  
que no cabrá en este mundo  
otro te ofrece un profundo  
marinero genovés,  
—¿Te contentas niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco

*Los Estudiantes.*

¿Poco es?

*La gitana.*

Allí, tierra que en horrores  
de ídolos el sol vé llena,  
la santa Cruz nazareno  
Con tu mano plantarás  
—¿Te contentas, niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco

*Los Estudiantes.*

¿Quieres mas?

*La gitana.*

Antorcha cual tú, gigante,  
incendiarás mil navios,  
para que admiren tus brios  
mar, tierra y cielo á la vez.  
—¿Te contentas, niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco

*Los estudianttes.*

¡Qué altivez!

*La gitana.*

Tus esclavos, monarcas;  
Tus princesas, tus queridas;  
y de millones de vidas  
tu capricho rey será,  
—¿Te contentas, niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco

*Los Estudiantes.*

Loco está.

*La gitana.*

De riquezas y tesoros  
inundarás las costillas,  
y sus hijos de rodillas  
te adorarán como á Dios.  
—¿Te contentas, niño loco?

*Hernan.*

Eso es poco

*Los Estudiantes.*

¡Voto á bríos!

*La gitana.*

Endos mundos, que unió el lazo  
de tu mandoble en la guerra,  
no habrá un puñado de tierra  
de espíres sobre tu arnés.

*Hernan.*

Eso es. . . algo

*El éco de los siglos.*

¡Mucho es!!!